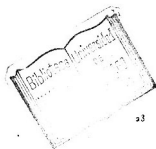


A TRAVES DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

GOYCOECHEA MENENDEZ



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
DIRECTOR: RICARDO ROJAS

A TRAVES DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

GOYCOECHEA MENENDEZ

SECCIÓN DE DOCUMENTOS

SERIE 1ª — TEXTOS DRAMÁTICOS

TOMO VI, N° 3

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1936



NOTICIA

El drama en tres actos que ahora reedita el Instituto de Literatura Argentina, es acaso lo menos singular de cuanto hizo en vida Martín Goycochea Menéndez. Más que esa página teatral, más que su libro «Poemas Helénicos», más que sus cuentos y numerosos artículos, fué su vida desconcertante asunto de consecuencias literarias. Eso, su vida—marcha sin rumbo, brega sin objeto, — resultó la creación más extraordinaria de aquel hombre extraño, por entero consagrado a vivir.

«A través de la vida», que se reimprime aquí conforme a la versión que publicó «El mercurio de América», revista porteña dirigida por el poeta Eugenio Díaz Romero, (Año III, tomo II, Buenos Aires, septiembre y octubre de 1900, pp. 107-131), fué estrenado en el Teatro Rivera Indarte de Córdoba por la compañía María Guerrero-Fernando Díaz de Mendoza.

Cuando una de las periódicas desapariciones de Martín Goycochea Menéndez se prolongó hasta suscitar la presunción de su muerte, Antonio Monteavaro le dedicó las interesantes páginas que reproducimos en el apéndice. Aparecieron por vez primera en el «Diario Nuevo» (1904), que dirigía David Peña, y luego, a instancias de sus directores, en la Revista «Nosotros» (año IV, t. V, n.º 27, Buenos Aires, abril de 1911, pp. 184-191). Más tarde, indudable la oscura muerte de Goycochea, Emilio Menéndez Barriola lo recordó en no menos interesantes páginas que publicó la misma revista «Nosotros» (Año XIV, t. XXXIV, n.º 129, febrero de 1920, pp. 183-203), cuya separata se ha utilizado para la reimpresión que va también en el apéndice.

«A través de la vida» documenta la influencia que en la producción local tuvieron los dramas españoles de fines del siglo anterior.

C. V.

ACTO I

PERSONAJES

MARIA - LOLA - PEDRO - ARTURO - EL CORONEL

EPOCA ACTUAL

Un salón de paso. Puertas en el foro y en los costados. A la izquierda una mesa con flores y libros. A la derecha sillas. Habitación lujosa de antiguo estilo barroco.

Al comenzar la escena Lola estará sentada a la izquierda, en uno de los sillones. Tendrá en sus manos un ramo de rosas. A sus pies habrá un montón de pétalos de las mismas flores.

ESCENA 1ª

LOLA

— Una hoja, dos hojas, tres hojas. La primera blanca, la segunda sonrosada, la tercera roja. Blanca como su frente, rosada como sus mejillas, roja como su boca. Las tres primeras me dijeron que no, las otras me dijeron que sí. Las flores están tristes; sólo me dicen puede ser! Probaremos de nuevo. Veremos lo que hablan estas hojas que quedan. Nó, sí, nó, sí, nó, sí, nó... (*con exaltación*). ¡Esto es terrible, inaguantable! Estoy segura que me quiere. ¡Ya lo creo que me quiere! Yo lo sé. No me lo ha dicho. Lo adivino. Cuando estoy aquí siento algo extraño, algo que viene de él hacia mí, algo que fuera como un enorme relámpago que viniera a posarse sobre mi mejilla. Luego, al mirarme, se sonroja y baja las pupilas. Cuando sus ojos se entornan me parece que cayera una noche dentro de mi al-

ma. Yo sé que tiene algo que decirme. Algo que le incendia el labio y que sin embargo, no se atreve a expresar. El cree que lo ignoro, y sin embargo yo lo sé, yo lo sé...

ESCENA 2ª

Lola—María entrando en punta de pies y tomando del brazo a Lola.

LOLA

(*Dando un grito*) — ¡Ah!

MARIA

(*Con exaltación*)—¿Qué sabes tú, qué sabes? ¡Quiero saberlo!

LOLA

— No me aprietes tanto el brazo. Yo decía que él...

MARIA

— ¿Quién?

LOLA

— Arturo...

MARIA

— Qué, qué decías de él?

LOLA

— Que algún día podríamos casarnos.

MARIA

(*Riéndose desordenadamente*) — ¿No decías nada más que eso?

LOLA

— Pero, ¿qué tienes? ¡Qué risa tan extraña!

MARIA

— No es nada. El tiempo, la cabeza, los nervios...

LOLA

— Pareces enferma. ¿Quieres que llame?...

MARIA

— No, no llares. No es nada. ¿Ves? Ya me río. Estoy buena, muy buena. Dame un beso. Déjame que te bese fuerte, muy fuerte. Eres mi hermanita menor, mi hermosa rubia... Hazme una confidencia. ¿El te ha dicho alguna vez que te ama?

LOLA

— Nunca.

MARIA

— Pero tú sabes algo, ¿sospechas?...

LOLA

— Es decir: sólo tengo una vaga presunción. El, un día me pareció ¿sabes?, me pareció así, como algo raro, como si fuera a decirme algo y no se atreviera...

MARIA

— ¿Y tú, le quieres?

LOLA

— Sí... poco, poquito.

MARIA

— Mira. Soy tu hermana. Puedo hablarte, puedo decirte lo que pienso. Me parece, ¿oyes?, me parece que él no te ama lo suficiente, lo necesario para hacerte tu esposa. Si te quisiera, ya te lo habría dicho. El amor es algo que nunca se calla. Sus palabras queman. Son un raudal candente, inagotable, que sale de los labios y que mata purificando o purifica matando. Sus rugidos nos llenan de inconcebibles temores, sus silencios nos asesinan. Es un huracán que arrastra. Somos ante él pobres hojas que ruedan por los pantanos y que se van lejos, muy lejos...

LOLA

— ¿Pero tú, diciendo eso?...

MARIA

— No lo digo por mí; lo digo por las otras, por las que sufren...

LOLA

— ¿Pero quiénes, cuáles son las que sufren?

MARIA

— ¡Si vieras cuántas! He visto, aunque de lejos, cosas terribles. Amar es un divino sufrimiento. Es un dolor continuo y adorable. ¡Es el supremo crimen sobre el supremo bien!

LOLA

— Parece que no fueras feliz. Algo de raro existe hoy en tí.

MARIA

— Las mujeres somos así: vivimos del reflejo de ajenos sufrimientos.

LOLA

(*Dando muestras de alegría, al oído de María*) — Ahí viene.

MARIA

— ¿Quién?

LOLA

— Arturo. Háblalo, (*acariciándola*). ¿Le hablarás? Bueno. Dame un beso. Después me dirás (*se va*).

ESCENA 3ª

María — Arturo

(*Al entrar Arturo, María estará con la cabeza baja y las*

manos crispadas. Se levantará al verlo y se le acercará violentamente).

MARIA

— ¿Sabes lo que acaba de decirme?

ARTURO

— No, no lo sé.

MARIA

— ¿No lo adivinas?

ARTURO

— Nó.

MARIA

— Dice que te ama, que la amas, que será tu mujer.

ARTURO

— ¿Yo? ¡Nó, nunca!

MARIA

— Ella lo dice, lo cree; quiere que te lo pregunte...

ARTURO

— Yo ni lo digo ni lo creo. Si lo piensa, ¿qué hacerle? ¡Estas cosas son así; llenas de dolores, llenas de veneno!

MARIA

— Lola me ha contado que un día ibas a declarártele...

ARTURO

— Eso no es cierto. Nunca he sido para ella sino un buen amigo, un buen hermano.

MARIA

— Dice haber visto en tí ciertos indicios, ciertas demostraciones...

ARTURO

—Y aun cuando así fuera, ¿qué es ya para nosotros el pasado? Miremos el presente, tendamos la vista hacia el porvenir. No tengas celos. Los celos no son dignos de ninguno de los dos. (*Abrazándola cariñosamente*).

MARIA

— Si yo no estoy celosa. Yo creo en tí, como en mí misma.

ARTURO

— Esperemos resignados. Cualquier cosa que venga la aceptaré gustosa, porque será por tí. Eres para mí, dentro de las noches la pompa florida en luz de las constelaciones; entre los días las nebulosas de los jazmineros floridas en albas y perfumes.

PEDRO

(*Desde el foro interior*) — ¡María, María!

MARIA

— No voy, no quiero irme. Continúa, prosigue.

ARTURO

— Vete — Te llama tu marido; es preciso ser discretos.

MARIA

— ¿Si ella te dice algo le dirás que nó? ¿Me lo juras?

ARTURO

— Te lo prometo.

(*Después de una larga caricia se va María*).

ESCENA 4ª

ARTURO

(*Después de un momento de meditación*) — Ha comenzado ya

el drama. Las escenas son largas, tristes, destilando dolor. — Ella ha caído por fin. La lucha fué prolongada, llena de incidentes amargos, de agonías sin cuento.

Y yo, y ella y su marido son los que van a realizar ese final inevitable, ese final que a cada momento se acerca y que a cada instante se aleja con su avalancha de desesperaciones, con sus tempestades de amarguras. Y yo soy el culpable, el único culpable... Yo que quise beber el dulce vino de su boca roja; yo que quise embriagarme de sol entre las gudejas de sus cabellos, acariciadores como una silenciosa onda de oro; yo que marchité con mi aliento el matiz de coral virgen de sus mejillas y los diminutos pimpollos de los lóbulos de sus orejas...

(*Se queda pensativo*).

ESCENA 5ª

Arturo — Pedro (entrando lentamente. Después de contemplarle un momento le palmeará cariñosamente en el hombro).

PEDRO

— ¡Siempre soñador! Hubo un tiempo, después que me harté de sinsabores, en que creía que los sueños eran la única verdad de la vida. Y soñaba y soñaba, hasta que desperté a una realidad impregnada de todas las dulzuras. Tú la conoces. Es mi mujer, mi adorable mujercita. Primavera florida en mirtos que llena de caricias mi invierno y puebla de sonrisas esta casa hasta ayer solitaria y mohosa.

¡Vieja casa! Vieja casa que tú engalanas con gorjeos de pájaros y gorjeos de mujer; todo en tí despierta a una vida nueva, a una poesía pura y esplendorosa, donde el poeta somos tú, yo y ella, todos los que bebemos en un mismo vaso el alegre mosto de una suprema felicidad!

¿Pero no te ríes?

ARTURO

— Sí, me río. Mi risa era silenciosa.

PEDRO

— ¡Ríete fuerte, hombre! No hay paraíso que no se escale sobre montañas de carcajadas.

ARTURO

— Es que no todos pueden reír como Vd. ríe.

PEDRO

— ¿Y tú, por qué no? Las mujeres están para tí llenas de promesas. Y luego tu prima Lola....

ARTURO

— Mi prima... no es más que mi prima.

PEDRO

— ¿Nada más?

ARTURO

— Nada más.

PEDRO

— Mientes, me estás mintiendo. Dime que la amas y te la doy, te la entrego.

ARTURO

— Francamente, tío, no la amo.

PEDRO

— Investiga bien. Recorre tu conciencia y tu corazón. ¿La amas?

ARTURO

— No. Creo que nunca la amaré.

PEDRO

— Eres cruel. Tú sabes que un desencanto para ella sería fatal. Sabes que es una enferma, que su cerebro vacila.

ARTURO

— ¿Y qué hacerle? No está en mí el poder amarla.

PEDRO

— Dime : ¿serías capaz de sacrificarte por mí?

ARTURO

— Sí, sería capaz.

PEDRO

— Pues bien : cástate con Lola.

ARTURO

— Por Dios, tío : cualquier cosa menos eso. Voy a engañarla...

PEDRO

— Tengo tu palabra. Voy a advertirla, voy a hacerla feliz.

ARTURO

— Tío, deténgase, reflexione.

PEDRO

— Con el tiempo la amarás. El tiempo encierra todos los milagros.

ARTURO

— Deténgase, escúcheme, esperemos...

PEDRO

— ¡Imposible! Tengo tu palabra.

(*Se va*).

ESCENA 6ª

ARTURO

— Los acontecimientos se van precipitando. Ellos vienen im-

placable y rápidamente con su callada y enorme marcha. Las nubes pintan en sus bordes fuertes matices de relámpagos y en sus vientres informes van incubando el rayo que ha de astillar las frentes. Vamos al sacrificio necesario para el destino, con una tétrica sonrisa entre los labios y el alma hecha girones.

Cuando ella se acerca me parece que debo repudiarla, que debo arrojarla de mi lado; sobre su frente creo advertir la marca de un estigma fatal; sus dedos cuando me acarician la garganta se me antojan cuerdas que me anudan... Y sin embargo, la amo, la adoro con una pasión tal, que yo la quisiera muerta, pero calcinada, hecha polvo con una sola de mis miradas.

ESCENA 7ª

Maria — Arturo

MARIA

(Entrando precipitadamente y abrazándose de Arturo).

— ¿Pero es cierto, es cierto? ¿Has dicho que sí? ¿Es acaso posible todo eso?

ARTURO

— Yo nada he dicho, nada he hecho.

MARIA

— ¡Yo no lo quiero, no lo quiero! ¿Lo entiendes? ¡Sería horrible! ¡Vas a hacerla infeliz, vas a engañarla! ¡Nó no puede ser! Basta, basta conmigo. Oye; te lo ruego, hazlo por mí, por mí sola.

ARTURO

— Pero si es él, es tu marido quien lo ha hecho, quien lo ha dicho todo. No soy yo. No hubiera podido serlo.

MARIA

— ¿Pero tú serías capaz de llegar hasta el final, de abandonarme, de repudiarme?

ARTURO

— No sé lo que pasa en mí. No la amo.

Te amo. Ella debe amarme. Lo supongo. Verdaderamente, no lo sé. Cuando me mira me parece que quiere decírmelo con la mirada. Entonces cierro los ojos para ver dentro de ellos tu figura sola y hermosa, llena del brillo de oro de tus cabellos.

MARIA

— ¿Es cierto? ¿No me engañas? ¿Yo soy tuya, toda tuya?

ARTURO

— Cállate. No prosigas. Disimula. Ganemos tiempo. Con los días se pueden decidir y arreglar muchas cosas.

MARIA

— Sí, haré lo que quieras, lo que quieras... Manda, ordena.

ARTURO

— Ahí vienen (*mirando a la puerta de la izquierda*) — Cálmate, siéntate... Ríe...

MARIA

— No podría. Mis carcajadas son sollozos.

ARTURO

— Hazlo por mí, por los dos.

MARIA

(*Sentándose*) — ¿Ves? Ya me río, ya me río. (*Se ríe desordenadamente*).

ESCENA 8ª

Maria, Arturo, Pedro, Lola, el coronel .

PEDRO

— Alegres están ustedes. Parece que eres feliz. Ya lo hice todo. Sólo falta fijar la fecha y la absolución.

MARIA

(*Haciendo un violento esfuerzo y sonriendo forzadamente*). — Primo, te felicito. Hermanita, déjame que te abrace.

PEDRO

— ¿Qué tal? He aquí la bella sencillez de los felices... (*Al Coronel*). ¿Qué dices tú de todo esto, viejo chocho, empedernido refractario de Himeneo? ¿No te avergüenza tu apolillado celibato?

CORONEL

— ¡El matrimonio! ¡Valiente estupidez! Es tomar una miserable trinchera de donde lo sacan corriendo un ejército de chiquillos! ¡Es exponerse a las caricias felinas de ese terrible animal a quien llaman suegra! ¿Eh, mocoso, con que te casas?

ARTURO

— Así lo dicen, tío.

CORONEL

— Pues cometen, con perdón de Lolita, una solemne tontería. Fíjense, en mí. A pesar de mis sesenta y tres estoy aún bastante presentable.

PEDRO

— ¡Cállate, solterón irreconcilable!

CORONEL

— ¿Porque hayas encontrado una palomita, he estado libre de casarme con una fiera?

PEDRO

— Vamos, vamos, dejemos a estos palomos que se arrullen.

MARIA

(*Aparta a Arturo*) — Dila que no. ¿La dirás?

ARTURO

— Sí.

PEDRO

— Vamos, vamos. Tú primero, solterón, viejo chocho.

CORONEL

— ¡El matrimonio! ¡El suicidio, todas las calamidades reunidas en una, todas las perversidades reunidas en una; mujer! Yo quise casarme con una, con Ramona, con Ramonita, que acaba de morir en olor de sanidad a los sesenta y un años. A los tres meses de cortejarla me arañó, al quinto me pegó. Si me caso me revienta. ¡El matrimonio, valiente estupidez! (*tose*).

PEDRO

— Esa tocesita te está indicando la hora de irte a la estufa. (*A Arturo*). Hasta luego y no excederse. (*A Lola*). Fascínalo.

(*Arturo y María se dirigen una prolongada mirada*). (*Se va [María]*).

ESCENA 9ª

Arturo — Lola. (Después de un momento de silencio. Los dos estarán sentados).

ARTURO

— Prima..., tío te habrá dicho que yo y tú... nos casamos.

LOLA

— Sí...

ARTURO

— Y tú habrás respondido.

LOLA

— Lo más natural, primo, queriéndonos, que bueno.

ARTURO

— Luego, ¿tú me quieres?

LOLA

— ¿Yo?... Un poco (*jugando con el abanico*) y tú...

ARTURO

— Yo, te quiero... como a una hermana.

LOLA

— ¿Nada más?

ARTURO

— Mira, primita: Vamos a hablar seria, muy seriamente. ¿Sabes lo que es amar?

LOLA

— Algo...

ARTURO

— Tú, y esto no te lo digo por mí, ¿has pensado alguna vez en lo terrible que debe ser un matrimonio cuando falta el cariño?

LOLA

— Nó. Nunca.

ARTURO

— Y si yo no te quisiera, ¿qué harías?

LOLA

— ¡Vaya una pregunta! Pues te diría: vete con la que quieres.

ARTURO

— Pues primita yo... yo no te quiero.

LOLA

— ¡Eh! ¿Qué dices? Y entonces, ¿a qué esa solicitud de casamiento, a qué todo este engaño?

ARTURO

— Yo no fui, Lola. Fué mi tío. El lo hizo todo. Yo no puedo engañarte, no puedo, no puedo. Te amo mucho, pero sólo como a una hermana. Yo seré lo que tú quieras, todo, menos tu esposo. Por Dios, no llores, no quiero hacerte llorar, pero engañarte sería terrible!

LOLA

— Yo creí que podía ser feliz contigo. La suerte no lo ha querido. No te lo reprocho. Has hecho bien. Vete con la que amas. Le diré a mi tío que no queremos, que no podemos casarnos.

ARTURO

— No le digas nada. Yo hablaré con María. Ella se lo dirá. No llores. Eres buena, eres razonable. Gracias. Te hago sufrir, pero, luego sería tarde, muy tarde.

LOLA

— Háblala. Haz lo que quieras. Has hecho bien. No quiero saber quién es la otra. Sería aumentar mis sufrimientos. ¡Parece que todo girara alrededor mío en una danza infernal!

ESCENA 10ª

Lola — Arturo y María (entrando precipitadamente)

MARIA

— ¿Eh? ¿Qué hay? ¿Por qué esas lágrimas?

LOLA

— Arturo te lo dirá. Yo no puedo, me voy. (*Se va, separándose violentamente de los brazos de María*).

MARIA

(*Con pasión*). — ¿Le dijiste, le dijiste que no la amabas? ¿Y ella, qué hizo, qué te dijo?

ARTURO

— Ya lo has visto, llorar, solamente llorar.

MARIA

— ¿Y lo hiciste por mí, tan sólo por mí?

ARTURO

— En un momento esas auras crueles del desengaño marchitaron todas las flores de ilusión que guardaban sus manos. ¡Qué largo, qué doloroso es el camino del pecado! Ya lo ves; hay una víctima, ¡una víctima más!

MARIA

— Y si nuestro amor llegara a saberse, si este secreto que nos mata llegara a conocerse... ¡Oh, me volviera loca, me volviera loca!

ARTURO

— Y entonces, ese crimen nos arrastraría al fondo de ese abismo en cuyo borde estamos, ese abismo donde anidan las desesperaciones y las infinitas desesperanzas.

MARIA

— Pero, ¿acaso somos culpables? ¿Cuál es nuestro crimen? Amarnos. ¿Y qué va a echársenos en cara? ¿Perfidia? Si no soy pérfida! ¿Maldad? ¡Si no soy mala! ¿Crimen? ¡Si mi alma está limpia de todos los delitos! ¿Acaso no he nacido para amar?

ARTURO

— El amor es el dolor, es la desesperación, es una gangrena que nos carcome lentamente, pero que nos hace morir con una

deliciosa resignación. Ven, suframos y aguardemos el porvenir.
¡No llores, cálmate, no llores más!

MARIA

— Sí, mis lágrimas son dulces a la vez que amargas. Llorar por nuestro amor, por nosotros mismos, es una profunda dicha.

(Aquí aparecerá Lola y se quedará de pie asombrada en la puerta del foro).

ARTURO

— Guarda tus lágrimas, guárdalas en las celestes ánforas de tus ojos; guárdalas en el jardín de tu alma como luminosas gotas de rocío.

Guárdalas; las lágrimas son las estrellas del espíritu. Sécalas, y que una sonrisa trace su surco de luz sobre tus labios.

(Le da un beso prolongado sobre la frente).

LOLA

(Haciendo un violento esfuerzo, corriendo hacia ellos y separándolos con fuerza) — ¡Canallas!

MARIA

(Dando un grito desesperado).

ARTURO

— ¡Ah!

TELON RAPIDO

ACTO II

Cuarto de Lola. — En el foro, a la izquierda, una cama con cortinas blancas y lazos de color rosa donde estará recostada Lola. Mobiliario moderno. Muchas flores sobre las mesas. A la derecha un gran sillón. Puertas laterales. Al levantarse el telón, el coronel estará sentado al lado de la cama de Lola teniéndola una de las manos entre las suyas.

ESCENA 1ª

El Coronel — Lola

CORONEL

— Vamos, no seas mala. ¿Quieres desesperarme? Sabes bien todo lo que te amo. El mundo se reduce para mí a los que viven en esta casa y con especialidad a tí. Acaso yo veo por otros ojos que por los tuyos; hago otras cosas que las que quieres; tengo yo voluntad si tú no la tienes. ¿Lloras? Eso no es responder. Vas a hacerme lagrimear como a una abuela, si continuas así. Dime: ¿por qué fueron esas palabras tan extrañas que pronunciaste después de tu desmayo?

LOLA

— No sé, no sé por qué fueron. Algo terrible e inesperado pasa en mí. (*Incorporándose en la cama*). Algo amargo, algo desolador. ¿Acaso sabe uno por qué el alma se le parte, por qué su corazón rueda hecho girones por donde nunca hubiera pensado?

CORONEL

— Levántate. Así... apóyate en mi brazo. (*Lola se levanta de la cama y se apoya trabajosamente en el brazo del coronel*). Bien, ya estás sentada. Reclina tu cabecita morena sobre el espalda para que descanse. Bueno, ahora habla: ¿por qué fué?

LOLA

— ¡No sé... No... No lo sé!

CORONEL

— Pero, ¿quieres engañarme?

LOLA

— No se enoje usted. Yo le diré. Arturo no me quiere; yo... yo tampoco. Hemos resuelto que ese matrimonio no se efectúe.

CORONEL

— ¡Eh! ¿No te casas? ¡Una mujer que pudiendo casarse renuncia al matrimonio! Pero, ¿están ustedes en su sano juicio?

LOLA

— He resuelto renunciar a ese matrimonio, pero no a un esposo.

CORONEL

— Demonios con la chiquilla; ¡quién llega a conocer jamás a estos demonios angélicos que se llaman mujeres! Pierde un novio y ya tiene otro seguro.

LOLA

— Voy a ser monja.

CORONEL

— ¿Tú, monja? Eso es una barbaridad, es una calamidad, es una atrocidad. Eso es imposible, inconcebible. No lo consentiré, no lo permitiré. Primero, ¿lo entiendes?, me caso contigo!!! (*Aparte*). ¡Demonios, si me dice que si soy capaz de ser marido! (*Hablando con Lola*). Vamos a ver: ¿qué de malo le encuentras a Arturo?

LOLA

— Que es feo... que es tonto... que es malo... Creo que quiere a otra...

CORONEL

— ¿Pero tú por lo visto le amas aún? ¿Sabes lo que tienes? Estás celosa.

LOLA

(*Levantándose de pronto*) — ¿Yo celosa? Pues bien, sí, estoy celosa. Los celos me matan, me enfurecen, me enervan. Siento en mi interior como una implacable mano de hierro que despedaza mis entrañas; mi cabeza vacila como si una maza fuera a caer sobre ella.

CORONEL

— Chiquilla, me desesperas, eres capaz de desesperar con tus palabras a todo mi regimiento. ¡Dime algo más que eso! Eso no es nada.

LOLA

— Déjeme usted así. Creo que voy a volverme loca. Me parece que flotara en el ambiente, que mi espíritu se desligara de su cuerpo y se fuera... y se fuera... hacia el país de las lágrimas eternas. Venga. Acérquese. Esté junto a su nena, a su chiquita. No lloro mucho. Lloro poco... poco... poquito...

ESCENA 2ª

Lola — Pedro — El Coronel. (Al entrar Pedro, Lola se levantará como aterrada).

PEDRO

— ¿Por qué te sorprendes de mi llegada? ¿Por qué te asustó? ¿Qué pasa en mi hogar? Ahí está Arturo encerrado en su cuarto. Cuando fui a hablarle lo encontré con la cabeza oculta bajo las almohadas de la cama. María está pálida y llorosa. A tí te encontré delirando, medio loca sobre el suelo de la galería. Yo nada sé cuando todo debía saberlo. Interrogo a todos los de mi casa y los labios permanecen mudos, como si rehusaran te-

ner para mí una sola palabra. ¿Podrías tú decirme qué es lo que pasa?

CORONEL

— Yo te lo diré por ella. Una cosa increíble: no quiere casarse.

PEDRO

— Bueno. Está bien. ¿No lo quieres? Pues que así sea. No te cases. Pero eso obedece a alguna razón y yo debo saberla.

CORONEL

— ¡Anda! ¡Pregúntasela! Hace media hora que la interrogo y no hace más que decir cosas extrañas.

LOLA

(*Aparte*) — Es preciso que yo sola sea la sacrificada; es necesario que nadie sospeche (*a Pedro*). He variado de resolución... quiero ser monja.

CORONEL

— Pero para eso debe haber motivos muy especiales, razones muy superiores... ¿Me las dirás?

LOLA

(*Hace un signo negativo con la cabeza*).

PEDRO

— ¿No hablas? Tendrás que quererlo. La tranquilidad de todos así lo exige. Ve tú.

CORONEL

— ¡El matrimonio! ¡Valiente estupidez! (*Vase*).

ESCENA 3ª

Lola — Pedro

PEDRO

(*Haciéndola sentar*). — Siéntate y hablemos. ¿Arturo te ama?

LOLA

— ¡Nó, nó! Yo sé que no.

Tengo la evidencia, tengo la certeza, tengo... (*Deteniéndose*).

PEDRO

— ¿Tienes la qué?

LOLA

(*Como disimulando*) — Tengo la creencia de que así es.

PEDRO

— ¿Pero, hija mía, quieres volverme loco? Tú sabes algo de cierto y sin embargo no me lo dices.

LOLA

(*Amorosamente*) — Tú me quieres mucho, mucho. No exijas que hable; no sabría decir más! ¡Déjame que cumpla mi resolución! Es irrevocable. ¿Para qué volver a lo pasado? Ya sólo aguardo el traje de desposada del Señor. Mi seda blanca de novia será mi sudario. Los azahares que cubrirán esta frente sobre la cual tantas veces tus labios se posaron han de ser flores de mi corona funeraria. Los cánticos nupciales serán los salmos de las tumbas.

PEDRO

— Me llenas de angustias y de temores. Soy tu padre adoptivo. Habla, exprésate con franqueza. Abandona esos delirios. Soy casi tu hermano, soy el marido de tu hermana.

LOLA

(*Riéndose desesperadamente*) — El marido... sí, el marido... (*Como volviendo de un sueño*) Sí, eres el marido de mi hermana, de mi querida hermana. ¿Sabes? El mundo es así. Las flores más bellas guardan los venenos más acres. Cada sueño de amor es el sueño de los eternos descansos.

PEDRO

— Tú deliras, tu antigua enfermedad va a volverte... Cálmate... Abandona esa sonrisa tan rara, tan llena de dolores y de ironías.

LOLA

— ¡Fué un sueño largo, sombrío... un sueño... un sueño!... Yo he cerrado mis ojos sobre mi alma y me ha llenado de sombra. Pero los sueños concluyen. El despertar es de las mañanas. Una mañana es siempre la primavera de un día.

PEDRO

— ¡No me aflijas! ¡Vuelve en tí! (*Dando muestras de desesperación hasta salir de escena*).

LOLA

— Y el novio, el que me desdenea, el que me repudia, vendrá con sus manos llenas de flores, con sus labios repletos de sonrisas a ofrecerme el holocausto de su corazón...

PEDRO

— ¡Dios mío! ¡Por qué tanta amargura! ¡Por qué tantas catástrofes! Mira: Vamos al jardín, allí, entre los pájaros y las flores haz de volver a la realidad de la vida. Vamos. No te resistas. Vamos.

LOLA

(*Marchando sostenida por Pedro*) — ¡Oh! mi novio, mi hermoso novio, mi dulce novio...

(*Se van*).

ESCENA 4^o

Maria (*Después de un rato*)

MARIA

— Me pareció oír la voz de Pedro que había llamado... (*Mi-*

rando por la puerta por donde salieron los anteriores). Ahí van; es Lola y mi marido. Habrán hablado, le habrá relatado las circunstancias de ese fatal momento. (*Se sienta en el sillón anonadada de dolor, donde permanece un breve espacio. Luego, levantándose de pronto*). Y bien, es inevitable. Sabré defenderme. Diré la verdad. La verdad es una fuerza. Seré fuerte con ella. Aguardaré mi castigo grandemente, heroicamente. Yo sé que me arrojará de su lado. Hará bien. Soy una adúltera, una infame adúltera. Me llenará de lodo, me cubrirá de desprecio... Soy algo que mancilla, algo para lo cual se han hecho los lodazales... ¿Si me matara?... ¡Si me matara! ¡Oh muerte! ¡Oh muerte! ¡Divina consoladora de todas las angustias, yo aguardo tu abrazo estrecho, yo aguardo tu caricia húmeda y fría, pero dulce y enervadora como un abrazo enormemente silencioso!

(*Creciendo su exaltación*). ¡Pero nó, nó! ¡No quiero morir! Arturo no se irá conmigo. El se quedará. Es bello, es joven, es rico. Las mujeres van a solicitarlo. Caricias ajenas le aguardan. Todo el porvenir, venciendo un obstáculo, que soy yo, le pertenece. Pasará junto a mis cenizas, frío, mudo, sin un sollozo, sin una lágrima. ¡No, no! No quiero morir. No quiero. La vida es así. ¿Qué hacerle? Yo soy una vencida. Bien. No seré la última. Cada cabellera de mujer que sufre, es la bandera de una gran causa. (*Despeinándose en un movimiento violento*) ¡Y mi bandera es de sol!

ESCENA 5ª

María — Arturo

ARTURO

(*Entrando por la izquierda*) — ¿Has oído algo? ¿Sabes algo?

MARIA

— Nó, nada. ¿Dónde están Pedro y Lola?

ARTURO

— Acabo de verlos en el jardín. Tu marido la consolaba. Ella

hablaba bajo a su oído o pronunciaba frases vagas e incoherentes. Al acercarse, huí. Querría verte por última vez. Voy a irme. Venía a decírtelo.

MARIA

(*Con desesperación*) — Le habrá dicho todo, todo. Y vendrá dentro de poco a decirnos que somos unos canallas, unos criminales.

ARTURO

— No vendrá. Si lo supiera ya estaría aquí. ¡Ya tendríamos sobre la frente la marca infamante que nos aguarda!

MARIA

— Si supieras... ¡No me he atrevido a hablarle! Cuando huí quise seguirla. Pero no pude... Mis piernas se doblaron... Caí al suelo... Permanecí así largo rato... De pronto oí pasos... Era mi marido... Me puse de pie violentamente. Me habló. No sé lo que dijo. Me dió un beso en la frente. Yo logré encontrar una sonrisa. Salió. Me miré sin quererlo en un espejo y mi boca parecía una herida recién abierta sobre mi rostro pálido, como los mármoles funerarios.

ARTURO

— Me voy. No trates de detenerme. Cada minuto que pasa es un peligro mayor.

MARIA

— ¡No! ¡No! (*Tomándole de un brazo*).

— ¡Sí! Déjame. Es el único remedio para tantos males. Te escribiré... Te diré donde estoy...

MARIA

— ¡Nó; te quedarás, te quedarás! ¿Lo oyes?

ARTURO

— ¡Cállate!

MARIA

— No me callo ¡no me callaré nunca!

ARTURO

—Bebamos el cáliz hasta las heces. ¡Nuestra conciencia nos está mirando!

ESCENA 6ª

El Coronel — María — Arturo

CORONEL

— Pero, ¡por mil bombas! por una carga de caballería ¿dejarán ustedes de estar con esas caras? Allí en el jardín tu marido y tu hermana representan un doloroso melodrama; aquí están ustedes con caras de partiquines, de tragedia. ¡Si vieras tu hermana! ¡Si la vieras! ¡Eh! ¿Qué es eso?

PEDRO

(Desde el interior) — ¡María! ¡Arturo! ¡Venga gente!

CORONEL

— Llama. ¡Corre tú miserable que tienes la culpa de todo! ¿No vas? Pues yo voy. (María cae desplomada en el sillón. Se vá el coronel).

MARIA

— ¡Qué doloroso, qué doloroso es el camino del pecado!

ARTURO

— ¡Qué enormes, qué enormes son estos implacables delitos de la vida!

MARIA

— Ella se ha desmayado... quizá ya se habrá muerto...

ARTURO

— Una víctima está hecha. Es la primera, luego vendrán las otras.

MARIA

— Es la consecuencia del delito... Tiene que ser así.

ARTURO

(*Reaccionando*). — Me voy. El momento es propicio. Nadie advertirá mi salida.

MARIA

(*Con energía*). — ¡Eres un cobarde! Tu lugar es aquí, a mi lado. El honor lo exige. Allí no podrás hacer nada. Aquí prepararemos los elementos de nuestra salvación.

ARTURO

— ¡Sueñas! Es preciso irme. ¡Me voy! ¡Adiós!

MARIA

— ¡No! (*con desesperación*).

ESCENA 7ª

Pedro — María — Arturo

(*Al entrar, Pedro detendrá con un ademán a Arturo*).

PEDRO

— ¿Dónde vas? Quédate aquí. Necesito hablar contigo. ¿Sabes ya que tu prima está medio loca? ¿Te remuerde la conciencia? ¿Qué le has hecho; qué le has dicho?

ARTURO

— No hablemos más de eso. No rememoremos esas cosas. Lo que debía suceder, ha sucedido. Me voy... Abandono esta casa

para siempre, para siempre... ¡He sido un desgraciado; un miserable!

PEDRO

— ¿Por qué, miserable? ¿Por qué te llamas así? (*A María*) ¿Por qué no has ido al lado de tu hermana? ¿Qué ha pasado entre ustedes? ¿Qué te ha dicho? ¿No me respondes? (*Aparte*). Bajan la cabeza, no se atreven a mirarse... ¿Acaso?... ¡No, no puede ser! ¡No merezco!... (*A Arturo*) ¿Por qué quieres irte? ¿No crees que todo podrá arreglarse aún?

ARTURO

— Hay cosas que no pueden explicarse, que no deben explicarse. Me voy. Mi deber es irme. El primer deber que tiene todo hombre es cumplir consigo mismo. Por eso, por eso únicamente es que iba a marcharme.

(*Arturo y María se miran intensamente. Luego bajan la cabeza como anonadados*).

PEDRO

— ¡Cómo se miran! (*Hablando consigo mismo*). Una sospecha llena mi alma. Una oleada de venenos me golpea ferozmente el corazón. Me parece que fuera cayendo en un profundo, en un infinito vacío... (*A Arturo y María*). ¿Por qué esquivan ustedes el mirarse? ¿Por qué inclinan la frente como si tuvieran en ellas el estigma de un delito?

(*Tomando de un brazo a Arturo y llevándolo ante María*).

— ¡Mírala, mírala de frente! (*Rehusan Arturo y María el mirarse, volviendo la cabeza*). Bajan la cabeza... rehusan mirarse. El remordimiento vive sólo en el alma de los delincuentes. Ellos han dilinguido, han pecado... (*a Arturo, como suplicando*). Mírala otra vez, mírala de frente... (*Arturo se separa de él con un movimiento violento y retrocede*).

No puede acercarse... Tiene miedo... Una sospecha que es casi una realidad nace en mí... Yo antes había visto cosas que recién

me explico. Sí, sí. Es preciso acusar para saber la verdad. Es preciso. Es preciso... (*A los dos*). ¿Saben en qué pienso? (*A María*). ¡En qué ese hombre, en que ese hombre... es tu amante!

(*Arturo y María dan muestras de una enorme angustia y retroceden, hasta tocar con sus espaldas las paredes laterales*).

Retroceden... Nada responden... ¡Luego, es cierto, es cierto! (*Se tira sobre un sofá y llora desesperadamente*).

(*A Arturo, después de un momento*) ¿Y a tí que te he hecho? ¿Qué falta he cometido para contigo para tratarme así? Todo lo has emponzoñado, todo lo has destruido al contacto de tu mano. Llevas la maldición amarrada a tus espaldas. ¡Vete! ¡Te mataría si continuaras aquí! ¡Vete! Te arrojo de mi casa. ¡Vete!

(*Sale Arturo precipitadamente*).

ESCENA 9ª

Pedro — María

(*Acercándose a María lentamente*) — ¿Y tú, no tienes nada que decirme? ¿No hallas una palabra para sincerarte? ¿Ni siquiera me engañas? ¡Tienes razón! El es la juventud, la belleza, la fuerza de la vida. Yo soy el invierno, la vejez... Un viejo cuerpo a quien la tumba solicita. Un árbol carcomido, un árbol casi centenario a quien un huracán está despedazando. ¡Soy un árbol viejo... muy viejo!

¡Siempre muda! El silencio es respuesta. ¡Engañame! Díme algo. ¡Engañame! ¿Has delinquido porque yo no merecía tus caricias y tus sonrisas?... Otra vez callada. Las lágrimas en estas horas son respuestas que no se comprenden. Una mujer que ama verdaderamente, defiende a su amante. La loba sin cachorros defiende a su compañero. ¡Tú, ni siquiera eso sabes hacer! ¡Luego ha sido por un infame apetito, has sido adúltera, por ser adúltera!

MARIA

(*Con energía*) — Nó, eso nó. Nos hemos amado, nos amamos. Fué algo doloroso, muy doloroso. Sucedió en una tarde, en una noche... en cualquier hora... Ello vino sin saberlo, sin quererlo.

Yo no pido, ni digo nada. No quiero sincerarme. Eres el dueño de mi cuerpo. Puedes hacer de él, lo que de un puñado de harapo, algo que la punta de tu pie solicita para arrojarlo entre la porquería de todos los rincones.

PEDRO

— Soy un pobre hombre, un pobre... (*Se oyen grandes y locas carcajadas*). Escucha: es tu hermana la que se ríe. Está loca. Tú la has enloquecido. Soy un pobre hombre. Ni siquiera sé elevarme sobre la infamia. Soy un infeliz. Los hombres tendrán derecho a otorgarme su piedad. Llevo sobre los hombros una montaña de lodo y de desprecio.

MARIA

— ¡Repúdame, arrójame! Aquí está mi mejilla. Pon sobre ella la marca de mi crimen.

PEDRO

(*Se oyen las carcajadas de Lola*) — ¡Oye, como ríe! Esa carcajada será siempre el eco de tu delito.

No podría matarte. Sería demasiado honor. ¿Sabes?; te perdono. ¡Mi alma quisiera maldecirte, pero mi labio sólo dice: clemencia! (*Se oyen carcajadas*).

MARIA

— Esas carcajadas me desesperan, me asesinan. Es mi hermana la que me acusa con ellas, la que me maldice...

PEDRO

— Tenemos el deber de vivir. Seremos como antes para el mundo. Nosotros viviremos como viejos conocidos. ¡Nada más!

Ese es tu aposento. Cuando quieras algo, sal de él y golpea en mi puerta que yo allí estaré para escucharte. No quiero amargarte más. No me obligues a ello.

ESCENA 9ª

El Coronel entrando precipitadamente —Pedro — Maria

CORONEL

— Está loca, completamente loca. Al cruzar Arturo por el jardín lo ha tomado del cuello y le ha arrojado barro en la cara. He querido contenerla. No he podido. Y ahí está asida a su cuello, sin que ninguna fuerza humana pueda separarla.

MARIA

— Es preciso (*con desesperación*).
(*Se oye un tumulto próximo*).

PEDRO

— Cálmate. Ahí vienen. Ella se ríe de tí y de tu amante. Ha querido traértelo. No he sido yo... Ya lo ves. Tu mismo crimen prepara tu expiación.

ESCENA 10ª

Maria—Pedro—El Coronel—Lola (Trayendo de un brazo a Arturo)

LOLA

(*Riendo y hablando a la vez*) — Ya lo tengo, lo tengo. Es mi novio. Es bello, es hermoso. Voy a ser la desposada. Voy a ser la novia que se ruboriza ante las pupilas de su amado.

PEDRO

(*A María*) — ¿Lo ves? Te lo quita. Está a su lado. ¿Sufres? Lo has querido. Es por tu culpa. Si vieras, ¡qué sangriento harapo es mi corazón!

LOLA

— Quíereme. Soy tu desposada. La corderilla que has de llevar amorosamente en los brazos. Soy la que ha de darte el porvenir fecundo en caricias y en besos. (*Abraza a Arturo*).

MARIA

(*Quitándosele violentamente*). — Déjalo. No lo toques. La loba defiende a su compañero. Tú lo has dicho. Que se vaya. Eso es lo inevitable. Pero antes que tu esposa, soy la mujer. Cuando una mujer se yergue, todo se estremece de amor y de fecundidad.

LOLA

— ¡Mi novio, mi novio!

MARIA

— Yo soy la inspiradora de todas las bendiciones. Yo soy el perdón y el crimen. (*A Arturo*). ¡Véte, véte. (*Con suma exaltación*). Yo soy el pecado y la dolorosa delicia del pecado. Soy la angustia y la miel que elimina las angustias. Soy la sombra, pero soy la estrella que está llorando entre la tiniebla. ¡Paso! ¡Yo soy la mujer! ¡Soy una mujer!

PEDRO

— ¡Miserable, miserable!

TELON RAPIDO

ACTO III

La misma decoración que en el primer acto. Al levantarse el telón, el Coronel estará parado en medio de la escena. Es de noche.

ESCENA 1ª

El Coronel

CORONEL

— Ayer todo era risas: hoy todo se ha vuelto lágrimas. ¡Cómo cambian los hombres y las cosas! De lo que ayer era dulzuras y alegrías, sólo quedan escombros. En el pasado las cosas no eran así. Quizá me equivoque. La vida ha sido siempre igual. Ya no tendré a nadie a quien relatar mis hechos, con quien soñar en las pasadas victorias. Todo se derrumba. Hasta mi alma parece que tambalea. ¡Qué doloroso es apagarse en medio de tantas catástrofes!

¡Oh, la patria vieja, mi antigua patria! No sé por qué en medio de tanto dolor experimento la sensación de las añejas victorias. Yo tenía una novia, una novia ideal y adorable. Mi novia era mi bandera. Yo la fui siguiendo al norte, a los campos paraguayos y allí sobre ese suelo, dejé largos regueros de mi sangre que teñían la tierra cubierta de azahares. Y esa sangre era el manto nupcial sobre la veste de seda y oro de mi prometida. ¡Oh la patria vieja, la vieja patria!

¡Lo recuerdo todo, lo veo todo! Los escuadrones volaban por la llanura. Un viento de heroísmo los arrastraba. Una fiereza indómita se reflejaba en sus rostros. Al levantar los jinetes los brazos para herir, sentíanse homéricos vahos de bravura. Los sables astillaban los aires con sus filos invencibles al caer sobre las

testas enemigas. Los clarines voceaban en los salmos del triunfo, y la bandera, mi novia, volaba entre los escuadrones agitando sus alas de zafir y alba: cruzando el campo empurpurado con la savia de las vidas extinguidas que incubaban los retoños de los gloriosos laureles. ¡Oh, la patria vieja, la vieja patria!

Pero dejémonos de estas cosas, de estas chocheces. Hace mucho que no soñaba. En medio de tanta amargura, bueno es tomar un poco del brevaie enervador de los dulces recuerdos. ¡Pobre Lola! ¡Pobre criaturita mía! Ahí viene... Nó, no es ella. Es María. Me voy. No quiero verla. No podría verla. ¡Maldita!

ESCENA 2ª

María — Arturo

Entra María con los hombros cubiertos con un pañuelo como para marcharse. Cruza agitadamente por la escena y al escuchar las carcajadas que da Lola en el interior, irá retrocediendo espantada.

MARIA

— ¡Siempre esa risa, esa horrible risa! ¡Es impacable! Es la voz de mi crimen,... la voz de mi crimen... Creo que yo también voy a volverme loca. Pero, ¿vendrá? Sí, sí (*mirando por la puerta*). Sí, sí, ahí está. Ya llega...

ARTURO

(*Precipitadamente*). — Ya está todo preparado. Es preciso partir. Nos vamos inmediatamente.

MARIA

— ¿Sabes dónde está Pedro?

ARTURO

— Sí, en su cuarto, acabo de verlo con el rostro pegado a los cristales de la ventana del jardín. ¡Qué gesto, qué gesto, el de su cara.

MARIA

— ¿Y no te vió, no advirtió tu llegada?

ARTURO

— Nó, creo que nó.

MARIA

— Espérate un momento. Quiero quedarme aquí unos minutos más. He sido tan feliz en esta casa.

ARTURO

— No es posible. Cada minuto que pasa es un peligro nuevo que acarreamos... (*tomándola amorosamente del tallo*) vamos.

MARIA

— Nó, nó. ¡Déjame!

ARTURO

— Vamos. ¡Ahora o nunca!

MARIA

(*Dejándose conducir*) — ¡Qué final! ¡Qué terrible final!

ESCENA 3ª

Maria — Arturo — Lola, presentándose en la puerta en el momento en que van a salir y enlazando sus brazos en el cuerpo de Arturo.

LOLA

(*Delirando*). — ¿Venías a buscarme? ¿Dónde está el vestido, el tul y mi ramillete de desposada? ¿Vas a traérmelo pronto? Yo seré para tí buena y dulce, muy buena, muy buena...

Acércate y díme la palabra que hace estallar en melodías todas las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entra-

ñas de una mujer. En cada una de ellas hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel, hasta el rojo del puñal.

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un germen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, resuenan en el pecho cantos, risas, sollozos, frases vagas, ténues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas o con alas de libélulas.

Ama a la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa a la nube; el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que sigue cadenciosamente a la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas...

ARTURO

— Sí, voy, suéltame.

LOLA

(*Fijándose en María*). — ¿Quién es esa mujer? Es tu hermana, tu madre? Se parece a mi hermana. Pero esa ya no vive. ¿Sabes? Sí, su marido la mató. Era una adúltera. Manchó su honor, deshizo las rosas de su tálamo, se llenó de fango y hoy es un montón de polvo. Su belleza es lo pútrido, lo infecto de la tumba.

MARIA

— ¡Mientes! ¿lo oyes? ¡mientes!

ARTURO

(*A María*). — Cállate; está loca, delira...

LOLA

— ¡Si tú la hubieras visto! Era hermosa con la hermosura de lo perverso. Sus uñas delicadas eran sangrientas garras para despedazar el corazón. Sus ojos grandes y rasgados envolvían las traiciones de la noche. Se vendía a los hombres. ¡Era una perdida!

MARIA

— ¡Cállate, estás mintiendo!

ARTURO

— Suéltame. Espérame un momento. Voy a traerte tu corona, tu tul. Es cuestión de minutos... Luego iremos a la iglesia. Seremos felices.

LOLA

— ¡Oh! Sí, sí. Ve. Pero nó, quédate. Díme quién es esa mujer, esa mujer... (*como aterrorizada*).

ARTURO

— Es mi hermana. Voy con ella a traerte tu vestido y tu velo.

LOLA

(*Soltando a Arturo y tomando la mano de María que se resiste*). — ¿Es usted la hermana de Arturo? ¡Qué bella es! ¡Qué buena parece? ¿Tendrá usted novio? ¿Es bello y es hermoso como el mío? ¡Quiéralo usted mucho, mucho! Hay que querer entrañablemente a los novios, para que después la vida no se convierta en una tragedia. (*Riéndose desordenadamente*). ¡Oh, si viera usted qué tragedias he presenciado!

MARIA

(*Deshaciéndose violentamente de Lola*). — Vamos. Ya no puedo más, no puedo. (*Se van vacilantes por el foro*).

LOLA

— Oh señora; déme usted un beso, hágame una caricia. (*Si guiéndolos*). Un beso, una caricia. Será usted mi hermana. Déme un beso.

(*Las últimas palabras deberán pronunciarse en el interior de la escena y alejándose cada vez más*).

ESCENA 4ª

(El Coronel entrando rápidamente como buscando a Lola)

CORONEL

— No está. Sin embargo me parece haber oído voces. Habrá salido al jardín. La dejaron sola en su cuarto. ¿Y María? ¿Se habrá marchado con ese individuo que ha convertido la casa en un infierno? ¡Nó, no puede ser! Sería eso demasiado infamia. Voy a ver. Debe estar fuera. Entre las flores. Ella en su locura delira por las flores. Pobre chiquita, pobre chiquita mía! (*Váse por el foro*).

ESCENA 5ª

PEDRO

(*Entrando lentamente agobiado por el dolor*). — ¿Se habrán ido ya? Sí, deben haberse ido... Han hecho bien. Me han dejado solo. La soledad me llena. El silencio me aplasta. Soy el invierno, la infecundidad, la vejez. Ellos son la vida. La fuerza de la vida, la gloria de la vida. Dios lo ha querido así. ¿A qué oponerse a la mole cuando está ya sobre la frente? ¿A qué querer desviar con el miserable escollo de mi ser, esos caudalosos ríos de las pasiones humanas que todo se lo arrastran?

¡Esto lo digo y lo siento y sin embargo! ¡Cómo tengo el alma! — Yo no sé cuándo pasó. No podría saberlo aunque lo quisiera. Aquel momento fué horroroso. Recuerdo que la perdoné; recuerdo que estaba dispuesto a estrecharla en mis brazos, loco de amor, a una sola palabra de arrepentimiento! Y sin embargo se rebeló, se rebeló y sus frases terribles y amenazadoras iban a clavarse como agudos dardos sobre este miserable corazón.

¡Cómo sufría! ¡Cómo sufro!

Pero ellos, ellos tenían razón. ¿Acaso yo no obligué a María a que fuera mi esposa por medios no lícitos? Yo, que quise ha-

cer irradiar sobre mis canas sonrisas que pertenecen a las vidas nuevas. Yo, que no supe desde la primera hora en qué fuí hombre, el hacer de la existencia la religión del amor y de la fecundidad!

¡Oh! Estos suplicios, estos formidables suplicios, ¡qué infinitos son! ¿Dónde comienzan? ¿Dónde acaban? ¿Quién podría decirlo? ¿La razón los alcanza? ¡Sólo la pasión puede abarcarlos!

¡Cómo sufro! ¡Parece que el huracán estuviera soplando en esta gigantesca hoguera del corazón! Vamos, vamos hacia el porvenir. Prosigamos por la senda. Lleguemos hasta el confín de este mar del sufrimiento cuyos rugidos, son inextinguibles sollozos. Voy pasando la última Thulé de la amargura. Voy pasando solo. Dios ha querido (*con desaliento*). Y yo lo acepto.

(*Se oyen ruidos de pasos, risas y gritos*).

¡Eh! ¿Qué será ese ruido? ¿No tengo acaso el derecho al silencio? ¿No se han ido ya todos de esta casa? ¡Vieja casa, que vuelve a cubrirse de moho y a llenarse de desesperaciones! ¡Vieja casa!

CORONEL

(*Desde el interior del foro*). — No entres, no lo quiero.

LOLA

— Si, sí. Ya verás como río, así como yo río. (*Serie a carcajadas*).

ESCENA 6ª

Pedro, el Coronel, Lola — con un puñal en la mano que arroja al llegar al medio de la escena.

LOLA

— ¡Ya está muerta! ¡Ya no me hará llorar más! La maté. La maté...

PEDRO

— ¡Esa sangre. Ese puñal. De quién es esa sangre!

LOLA

— De ella, de la enemiga... Me robaba y la maté.

PEDRO

(Al Coronel). — Díme tú: Vas a decírmelo. No es de ella; ¿no es verdad que no es de ella?

CORONEL

— Yo no sé... La he encontrado en el jardín, corriendo... con ese puñal y diciendo: «¡la maté!» ¡«la maté!».

PEDRO

(Como loco). — ¡Dónde está! ¡María! ¡María! ¡Qué la traigan! ¡María! ¡María!

ESCENA 7ª

Dichos — Arturo con María muerta entre los brazos

ARTURO

— Aquí la tienes. Su corazón era mío. Su carne es tuya. Te la entrego. ¡Tómala!

PEDRO

— ¡Muerta! (*Abrazándose a su cuerpo y llorando desesperadamente*).

LOLA

(*Sentada a la derecha de la escena y jugando con sus cabellos*).
— Yo tengo un novio... un novio, dulce... gentil... sonrosado.

TELON RAPIDO

APÉNDICE

MARTIN GOYCOECHEA MENENDEZ *

Estábamos reunidos en *El País* unos seis o siete charlatanes de arte. Esas veladas eran frecuentes. Oliver, el *caburé* de los niños de letras, ocupaba la presidencia desde lo alto de su secretaría de redacción, sabiendo mejor que nadie las novedades literarias, reducidas por lo general a las desventuras de cualquier apolonida.

Sentado en una butaca, con aire señorial, Juan Pablo Echagüe, el hombre gallardo de la banda, sonreía ligeramente cuando algún chiste ácido rompía con su desconcertante caricatura el lirismo inflado de una idea artística o el *solo*, más o menos armonioso, de los monopolizadores de la palabra. Ojeda, grave, abacial, pronunciaba únicamente el vocablo justo con su medida sibilina de erudito. De rato en rato aparecía Camilo Villagra, un atlético muchachón de aire despreocupado, pero fino y sagaz como una víbora.

Eran proverbiales sus groserías. Le presentaban un desconocido y

* Van para siete años que este capítulo de un libro inédito fué publicado en una hoja diaria de breve esplendor. Los directores de *Nosotros*, sagaces hurones del periodismo, lo han desenterrado no sé cómo y me lo envían para corregirlo o modernizarlo.

Su lectura me ha hecho revivir mi cercana juventud, a la manera de un anciano que ensoñara las travesuras de su adolescencia.

Y en verdad, mientras evoco la tormentosa silueta del llorado Goicoechea, muerto en una de sus incesantes correrías por países de leyenda, y recuento los amigos restantes de la época regocijada en que nos impregnábamos de ideal, me parece que han nevado muchas existencias, tendiendo sobre mi espíritu acongojado sudarios demasiado fríos.

No necesito modificar esta página. En su incorrección retozona, fresca e ingenua, veo el Buenos Aires literario de hace diez años, la animación pueril y maliciosa de los muchachos que eran «locos lindos» y camaradas espirituales.

¡Era menester que en ese tragal de juventud la guadaña de la Sinistra cosechara los frutos más sabrosos! ... — N. del A.

él, después de saludarlo cortesmente, lo interpelaba con andanadas semejantes a la siguiente:

— Ché! ¡Sabe que tengo ganas de encajarle una pateadura!

Y si el otro, asombrado, protestaba de ese deseo injusto, era muy capaz de ejecutar sus proyectos, lo que no obstaba a que le echara los brazos al cuello, cariñosamente, diciendo:

— No, hermano. Le decía así de gusto nomás. Usted es muy simpático. Pero si se enoja... ¡ya sabe!...

Ricardo Rojas, el autor de *La Victoria del hombre*, asistía a la tertulia, emitiendo sus juicios inteligentes, que adquirirían mayor autoridad por su apostura solemne y el brillo de sus ojos negros. Con un movimiento habitual, no exento de nobleza, sacudía su alta melena tenebrosa, que simulaba la cimera de un barón feudal ondeando sobre el yelmo, y en la cual Villagra, voluptuosamente, hundía sus dedos profanos para asegurarse, con fuertes tirones, de que no era peluca.

Soussens había huído para no matar a Villagra. Joaquín de Vedia, de vez en cuando, asomaba su barba zahareña, bramando con ira santa de apóstol, contra dramaturgos y artistas sin talento. Florencio Sánchez, en vísperas de celebridad, se arrinconaba silencioso, modesto, riendo con su buena risa afectuosa, de todo cuanto dispare rate zumbaba en la pieza llena de humo y de alegría.

Estábamos, pues, una noche, discutiendo un cuento de Lugones, cuando se abrió la puerta violentamente e Ingegnieros, enfundado en uno de sus cuellos gigantes, irrumpió como un torbellino:

— ¡Noticias de Goycochea! ¡Noticias de Goycochea!... clamaba con su vocecilla en falsete.

Enseguida añadió:

— ¡Ché Oliver! Te voy a escribir un «Forum» en *El País* transcribiendo varias cartas de Goycochea, para enseñanza de literatos.

Todos lo interrogamos con apremio. El, complaciente, nos leyó la misiva del escritor cordobés. Era una de esas adorables improvisaciones del eterno judío errante, conteniendo joviales recuerdos sobre algunos poetas de Buenos Aires, a quienes estoqueaba con mortífera elegancia.

Sobre su existencia personal decía que se encontraba en la frontera brasileño-uruguay (esto acaecía durante la penúltima revolución oriental) y que había tomado parte en el asalto de Maragato. Se destacaba una frase salvaje: «He experimentado, decía, una suprema voluptuosidad: la de degollar».

Seis o siete días después, Goycochea Menéndez estaba en Buenos

Aires, vestido a lo revolucionario, con botas a medio muslo, chambergo aludo, saco despercudido y un pañuelo de algodón al cuello en reemplazo de la camisa.

Así lo encontró Ingegnieros, quien para hacerle *pendant* en la calle, se vistió de levita y sombrero de copa, llevándolo a cenar al Charpentier.

— Dirán, le decía, que sos el capataz de mi estancia.

Tres días más tarde, Goycochea, que había desaparecido, se presentó en casa de Ojeda refiriéndole su nueva situación de caballerizo en un stud. Desde entonces, ningún conocido ha vuelto a verlo.

Seis meses después, vino un telegrama de Resistencia anunciando que Goycochea Menéndez era cabo ranchero de un destacamento internado en el Chaco.

Hasta hoy se ignora donde se encuentra realmente. Me imagino que guerreará en la Manchuria contra los rusos, pues hace aproximadamente un año escribió a un amigo desde Montevideo, donde trabajaba como vigilante, que se iba al fabuloso país de los crisantemos.

Es imposible figurarse un carácter tan singular y una vida tan aventurera. Existencia excepcional, misteriosa y errabunda, supera todas las creaciones fantásticas, gracias a una realidad donde lo extraordinario resulta familiar. Algo de Gorki exorna esta figura de pesadilla, pero no del sañudo ex-hombre y vigoroso forjador de ideas, sino del viajero de las estepas, laborioso y haragán, viviendo en un sub-mundo mal explorado por los *baqueanos* de las aberraciones humanas.

Y si a eso se añade la mentira, una mentira morbosa, constante, chisporroteando como leño verde, el asombro aumenta, espoleado por la curiosidad. Un hombre tan repleto de accidentes en su galope desenfrenado por la vida, no necesitaría bordarse aventuras extrañas, casi todas infantiles, para dragonear de héroe.

Un día narra de cómo vivió misteriosamente entre una sociedad de ladrones y asesinos con su sede en el Paseo de Julio; otro, sus hazañas de pirata por los mares del sur; más tarde su evasión maravillosa de una cárcel del Paraguay donde fué encerrado por sus ideas políticas, y luego su actuación de caudillo, levantando bandera de rebeldía, derrotando ejércitos, acampando en cementerios, en una de cuyas tumbas tuvo que guarecerse, revolcado con los huesos de un difunto dentro de estrecho ataúd... Y cosas de ese jaez.

Sin embargo, su historia es más intensa, más extraordinaria que todos los folletinescos episodios mal enhebrados por su inconsciencia patológica de embustero.

Soldado, marino, desertor, literato, caballerizo, cocinero, vigilante, peón de estancia, empleado municipal, periodista, pollero, cargador de muebles, maestro de escuela, labrador, dramaturgo, mendigo, etc., etc., son *modus vivendi* suyos desde los 15 a los 25 años, según el oficio que le deparara el azar en sus perennes correrías de Ashaverus.

Es el tzingaro, el verdadero gitano de la hampa, hoy rey de Bohemia, mañana paralítico de atrio, pasado aristócrata pulido y sibarita. Y entre sonrisas y lágrimas, hundido en la miseria o flotando en la opulencia, siempre su mente tiene un destello artístico, su labio una frase poética, su corazón un jardín de exquisitas emociones.

Sin embargo, sus ideales nunca han volado por alturas inaccesibles, a pesar de las brillantes alas de su fantasía. Enamorado de Cyrano y de Rocambole, — dos antítesis — tenía de pronto tiradas magníficas y huecas, vulgarmente mezcladas a lances absurdos. Esa ensalada de un Rostand a lo Ponson du Terrail ofrecía curiosísimos fenómenos.

Voy a relatar una de las mistificaciones que caracterizan su far heroico-burlesca y le asemejan al Tartarín Quijote de la irresistible obra de Daudet.

Me encontraba en esta capital a principios del año 1900, llegando hacia poco de Paraná, donde dejara a Goycochea Menéndez, cuando recibí una carta suya con timbre postal urbano. Siento no poder reproducirla, pues me fué robada, pero la recuerdo de tal modo, que puedo reconstruir su texto. Decía más o menos:

«Querido amigo:

«Antes de pasar adelante, prométeme no revelar a nadie el secreto de que te voy a hacer depositario. Sólo yo en el mundo lo poseo. Ahora paso a la confidencia.

«En la revolución uruguaya, mientras defendía yo una barricada, lloviendo metralla sobre nuestro grupo y chorreando sangre de una herida que tengo en el muslo, cayó al lado mío un hombre que me alcanzó unos papeles y antes de morir, bajo juramento solemne, me comunicó lo que voy a decirte.

«Existe en Sudamérica una terrible asociación secreta que lucha por el establecimiento completo de la democracia pura. Cuenta con 20.000 afiliados en el ejército, el clero, las letras y todas las capas sociales. El moribundo era uno de sus jefes y yo fui su heredero en la sagrada misión.

«Terminada la revuelta, me presenté en Buenos Aires a la Junta Suprema de la sociedad. Me ordenaron que ingresara a la armada argentina y obedecí ciegamente, enganchándome como marinero. Na-

vegué por mares lejanos, estudié la psicología de mis compañeros y tres meses más tarde presenté un informe completo sobre la marina, indicando el provecho que podía sacarse de sus hombres.

«Me ordenaron que desertara y deserté. Poco después de eso te conocí en el «Hidrargirio de América» mientras yo, obedeciendo a la asociación estudiaba el ambiente literario a fin de utilizarlo a nuestros fines. En esa época, como recuerdas, me aprehendieron, por desertor de la armada. Tú te fuiste a Paraná y yo seguí preso, en mi tarea de sacrificios.

«Un buen día recibo una palabra de la Junta Suprema: «Deserte usted, son necesarios sus servicios en Santa Fe y Entre Ríos». Era a mediados del año pasado. Deserté y fui a guarecerme a San Lorenzo, de donde, sigilosamente, pasaba armas y pertrechos a Entre Ríos, preparando la revolución de Hernández.

«¿Te acuerdas que te visité por esa época en Paraná, andrajosamente vestido? Bajo mis harapos llevaba al comité revolucionario cinco mil pesos oro.

«Me quedé en esa ciudad, porque así convenía a los propósitos de la asociación secreta. Inútil me parece añadir que fui el agente más activo de los revolucionarios y que por mi intermedio se comunicaban con Buenos Aires.

«Ya sabes como terminó la insurrección hace pocos días. Pero lo que no sabes es que anteayer recibí un telegrama cifrado cuyo contenido te traduzco textualmente: «Véngase inmediatamente por vía Santa Fe y pare en la calle Rivadavia número 2135, bajo nombre supuesto. Allí se completarán las órdenes».

«Inmediatamente salí de Paraná, pasé a Santa Fe y cuando iba a tomar el tren de Rosario, noté a un agente de policía, malamente disfrazado, a quien yo había despistado 49 veces. Naturalmente, la 50 no se hizo esperar y ahora me busca por Salta. Esto me dio ocasión para reír un rato.

«Abrevio. Llegué a Buenos Aires y recibí esta comunicación: «Mañana de noche de 8 a 9, paséese por la calle... esquina... donde el subcomisario Ruffet lo aprehenderá. Déjese conducir a la cárcel, pues usted va a sernos útil entre los presidiarios».

«Como he cumplido lo demás, cumpliré esto. Si quieres darme un abrazo por última vez, ven a verme esta tarde a las 2 en el fondo de la calle Rivadavia número 2135. Pregunta por Lucio Stella, de profesión cochero, mocito recién llegado del Rosario que tiene el bigote afeitado y gasta lentes azules. Figuro así para los libros de la posada.

«Te abraza. — *M. Goycoechea Menéndez.*

«P. S. — Quema esta carta y calla. Cualquier indiscreción tuya, me valdría por lo menos una puñalada».

Cumpliendo sus deseos corrió a casa de Ingegnieros a leerle la epístola. Convinimos en cerciorarnos de si vivía o no en la calle Rivadavia y allá fuimos. Aunque parezca mentira, no era mentira. En ese inmundo mesón se alojaba Lucio Stella, pero había salido.

Como Goycochea recomendaba eficazmente el silencio, resolvimos con Ingegnieros mostrar la carta a Pardo, Doello, Ojeda y demás adláteres de la *Siringa* (1). En consecuencia, fuimos a la casa de gobierno donde José Pardo estaba empleado. Tuvimos la dicha de encontrar en el camino a Doello y se produjo, como es claro, la gran lectura salpicada de jocundos comentarios. Un conscripto del ministerio de la guerra, se nos acerca. Sorpresa general! Era un literatuelo catamarqueño, S. G., que vestía la librea de la patria.

— Leele, me dice Ingegnieros, la carta de Goycochea. S. G. es de confianza.

Finjo temores.

— No tengas miedo, insiste Ingegnieros. S. G. participa de nuestras ideas. Dígame: ¿Vd. conoce a Goycochea?

— Yo no, pero he oído decir que es medio loco y de malos antecedentes.

— ¡Medio loco! ¡él! ¡un héroe!

— ¡Un mártir!

— ¡Un santo!

Y coreamos atropelladamente las altas virtudes del adalid incomprendido.

Enseguida comenzó un interrogatorio.

— Diga, S. G. ¿qué piensa usted de la oligarquía en que están sumidos los pueblos sudamericanos?

— Yo... nada.

— ¿No cree que conviene una reacción, hacer fulgurar la libertad, tender la enseña de la democracia sobre los pueblos oprimidos?

— ¡Ah! Eso sí.

— Bueno. Entonces es digno de conocer la carta.

Y se leyó el documento, con sobresaltos y lágrimas en los pasajes patéticos.

S. G. no pudo contener su admiración:

— ¡Pero eso es sublime! Ahora comprendo por qué parecían locuras todas sus acciones.

(1) Siringa: sociedad esotérica.

Enseguida Ingegnieros comenzó la captación. Dijo que la aurora de los tiempos nuevos teñía el horizonte, que los sabios y los poetas trabajaban por la verdad de las instituciones democráticas, que el último libro de Rodó, «Ariel», respondía a la misteriosa asociación de la que nosotros éramos miembros secretos y Goycochea agente activo, que todos los artículos filosóficos del doctor Carlos Baires, los cuentos de Payró, las poesías de Almafuerte, «Las Montañas del oro» de Lugones y el himno de Guinazú, propendían al mismo fin, y un montón de cosas convincentes que ya no recuerdo.

S. G., deslumbrado ante ese mundo desconocido, adhirió a la falange de los buenos y se comprometió a llevar elementos catamarqueños.

Su iniciación tendría lugar esa misma noche en la vieja casa Montí, — que hoy no existe, — donde el postulante conocería a Goycochea.

Nos lanzamos en busca de éste sin resultado. Sin embargo, Ingegnieros lo encontró al volver a su casa. Antes de saludarlo, el médico lo contempló torvamente.

— ¡Goycochea! No has cumplido con tu deber, le dijo.

El interpelado se echó a reír.

— ¡Goycochea! Has traicionado a tus hermanos. Monteavaro y yo pertenecemos a la Junta Suprema. Te vigilábamos porque eras sospechoso y ahora, desgraciadamente, se confirma nuestra suspicacia. ¡Has revelado el secreto a un hombre que creías profano!

Ingegnieros estaba serio y triste, y Goycochea, auténtico inventor de la sociedad, comenzó a creer en su existencia. ¡Igualito a Tartarín!

Por la noche, el cochero Lucio Stella fué feliz. Alguien lo admiraba héroe y mártir.

En esa ocasión mintió como nunca, a mansalva, rodeado por nuestro respeto, apoyado en la efímera influencia de su carta. Luego vino la iniciación simbólica del novicio, que tomó cerveza con ceniza y mostaza, pagó nuestro consumo, se hizo hipnotizar, aprendió de memoria una misa revolucionaria y se resignó a toda cuanta herejía puso en práctica la imaginación sobreexcitada de Goycochea.

¿Narraré ahora el combate pavoroso de este paladín contra un tigre cebado, en las legendarias selvas guaranícas? ¿Su rapto de una monja en un convento de Córdoba? ¿Su amena poligamia, de la que resultaron 25 Goycocheitas? ¿Y sus aventuras con los penados de Martín García, cuya evasión dirigió en noche tempestuosa?

Sería superfluo. La realidad y el espejismo se confunden de tal modo en ese espíritu extraordinario, que los lentes se truecan y lo inverosímil entra en el dominio de la verdad.

¡Pobre neurasténico, soñador de un perpetuo más allá! Siempre ambulando por regiones maravillosas, su alma de poeta enfermizo, recoge paisajes quiméricos que expresa luego en poemas policrómicos, saturados de luz.

Y en el vértigo de su vida nómade, vagando a veces por la triste extensión de la pampa, otras por los riscos y serranías cordobesas, ora a través de los bosques de Misiones, donde flota un aroma de civilización muerta, ora en las cuchillas orientales teñidas de hemoglobina generosa, su petulancia de trovador caprichoso, estalla en la estrofa del insolente Cyrano de Bergerac, solidarizándose con los bullangueros gascones:

«Nous sommes les cadets de Gascogne
«De Carbon de Castel-Jaloux
«Bretteurs et menteurs sans vergogne...»

Sobre todo, menteur.

Buenos Aires, Julio 1º de 1904.

ANTONIO MONTEAVARO.

LUCIO STELLA

A José Anselmo.

I

Pequeño, musculoso y fuerte; la piel morena; el rostro delataba su temperamento irreflexivo, enérgico y vehemente, con líneas acentuadamente indígenas: pómulos, labios, ojos, la hirsuta cabellera y el bigote ralo; la mirada inquieta, recelosa y vivaz; la cabeza siempre arrogante; la pupila perdida a veces en vagas lejanías misteriosas; desgarbado en el andar y con un desaliño extraordinario en el vestir, . . . tal era, en su aspecto físico, aquel talento preclaro, maravilloso cincelador literario, romántico forjador de aventuras imposibles y aventurero él, torturado por un desequilibrio fatal entre el «ser» y la «razón de ser» . . .

Vivió perennemente bajo la obsesión de un triunfo precoz, inmediato, inaudito, sin disciplinas previas ni sacrificios, y esa ambición insensata hizo de su breve existencia un largo y cruento sacrificio.

Desplegó actividades en forma tan variada, tan múltiple, tan extraordinaria, que su enunciación exigiría la más pintoresca y extraña sarta profesional.

Surgido casi adolescente de la cultísima ciudad mediterránea donde naciera, cruzó por Buenos Aires como astro errante, sembrando una estela de admiración y afectos; fatalmente envenenado por loco afán de peregrinar a la aventura, ignorado, sin recursos, vivió una odisea desconcertante a través de varios países e hizo estremecer, en angustias inquietudes, los corazones de toda la juventud intelectual y estudiosa de su tiempo.

II

Córdoba era una ciudad pequeña, socialmente virtuosa, cuyo espíritu ultramontano, resguardado en la heredad de una tradición có-

moda y sosegada, resistía sin mucho esfuerzo las tendencias nuevas que inquietudes juveniles agitaban.

Apenas lograron conmoverlo y dar pie al comentario sin trascendencia los gestos y palabras con que un Leopoldo Lugones, un Ricardo Caballero y algunos otros, pretendieron, en aquella época, derribar falsos ídolos, despertar conciencias e iluminar senderos. Sus actitudes gallardas resultaban simples escarceos inofensivos.

Una tarde memorable, congregóse en el teatro Rivera Indarte la asamblea que sancionó ruidosamente la fundación del Ateneo. Núcleo valioso, descollanté en la política, la cátedra y las artes, prestigió la idea; y, a poco que sus componentes hubiesen sabido demostrar que merecían el concepto de «liberales» con que los motejaba el sentimiento religioso de la población, — ahogando, de paso, el egoísmo y la envidia que se desarrolla entre los elementos dirigentes de toda institución mal disciplinada, — ese Ateneo pudo y debió ser el vértice de una constelación formada por las provincias hermanas, que de allí recibirían calor y ejemplo.

No es oportuno analizar el desenvolvimiento efímero de aquella tentativa. Cabe, sí, recordar las proporciones inusitadas que alcanzó la recepción de Rubén Darío: paréceme escuchar aún la palabra cálida, vibrante y musical de Carlos Romagosa, y la voz emocionada del aeda que desgranó su salutación a fray Mamerto Esquiú ante el esplendor de la sala en aquella noche inolvidable.

Al retirarnos de la asamblea, nos encontramos Lucio Stella y yo. Hacía unas semanas que, a mis instancias por conocer el autor de unos ensayos que publicaba *La Libertad*, fuimos presentados por Julio Rodríguez. Esa presentación me había producido íntimo fastidio por la descortés indiferencia y el gesto olímpico con que reparó en mí, estrechándome la mano, displicente, como quien está habituado a recibir homenajes merecidos: o exageraba su valer o disminuía mi personalidad. Mi criterio juvenil no justificaba tanta petulancia en otro muchacho que, como yo, se iniciaba quizás con más fortuna, pero no con más recursos. Era reporter de *La Patria*, diario oficial del gobierno, y en él solía exponer, bajo el anónimo de la redacción, sus laudatorias vehementes e interesadas.

Sonriendo afectuoso me tendió la mano, a tiempo que esbozaba un elogio trivial de mi elegancia *bon marché*, y como llevábamos la misma dirección, nos acompañamos ensayando, uno y otro, frases jocundas, como si ambos pretendiéramos medir las varas de ingenio que atesoraba el compañero. Yo me confesaba derrotado a cada instante, porque aquel muchacho era un maestro de expresiones gráficas e incisivas, y en su vocabulario pintoresco danzaban, co-

mo repiques de cascabeles, los dichos y ocurrencias más despampantes que imaginarse pueda.

En el correr de los años, evocando este recuerdo, he podido confirmar la sabiduría del Destino cuando une al azar con poderosos vínculos, en el matrimonio o en la amistad, dos seres de temperamentos antagónicos, como si quisiera compensar las deficiencias de uno con el excedente de cualidades de otro: el equilibrio de los contrastes, dice la razón humana, incapaz de comprender el oculto designio de la ciencia Suprema.

Anduvimos largo rato por la «calle ancha», hasta la casa habitada por el doctor Pedro C. Molina, maestro de periodistas probos, cuya firmeza de convicciones y virtudes preclaras tienen tan altos merecimientos. Entramos a visitarlo y, con deferencia gentilísima, nos escuchó y nos habló por espacio de una hora.

Continuamos nuestro camino, en dirección a la plaza General Paz, en cuyas inmediaciones vivía mi acompañante. Se insinuaba el crepúsculo, y era grande el desfile de coches por la hermosa Avenida; damas y señores, niñas y jóvenes, todos saludaban sonrientes y afectuosos a Lucio Stella, pues tenía éste, por su familia, espectables vinculaciones en aquella sociedad, amén de la simpatía que inspiraba personalmente por la verba extraordinaria con que exhibía su talento indiscutible.

No parecía fatigarse ni de hablar ni de oírme; aceptó mi invitación a comer en un restorán modesto, y a los postres, como obedeciendo a un formulismo respetuoso, me insinuó su deseo de que iniciáramos el juego del «tí-te-tú», con lo cual, desde aquel mismo día, proscribimos en nuestro trato el «usted» y todo otro ceremonial que no fuese fiel expresión de fraterna camaradería.

Y fuimos a mi casa.

III

Mi casa, en esa época, era un humildísimo cuarto en perfecta concordancia con el exiguo arrendamiento que me cobraba el sacristán de uno de los muchos conventos de la ciudad claustral.

La patrona, fornida y guapa morena cuarentona, sin hijos, prodigaba sus afanes a ciento y un tiestos floridos que adornaban el patio y alegraban el paisaje, encuadrado desde mi alcoba por el marco de la puerta cuya cornisa era alta de un metro y medio...

En ese laboratorio, mi fantasía y mi ingenuidad preparaban, a través de retortas y alambiques ideológicos, las más extrañas con-

cepciones. Y en las noches de luna, por mis poéticas ficciones, el patio aquel bien valía el jardín de las Hespérides.

Lucio Stella me visitaba indefectiblemente todas las noches, no sé si halagado por mi cordial acogida o seducido por valores morales entrevistos o por secreto placer de huir a los mediocres y adúlones que le acechaban y atosigaban a toda hora.

A veces, se me aparecía gran señor, entre tenues gasas azulinas arrancadas en succiones laboriosas al estupendo habano, y haciendo sonar con estrépito un gran bastón en las baldosas del pavimento. Tenía esa flaqueza. Podía estar exhausta de billetes la cartera, el traje raído y el calzado sucio; con su bastón y un puro, él se sentía feliz de toda felicidad, en tal forma que el mundo a su lado era un enjambre de coleópteros.

En tales ocasiones, denunciaba su aspecto alguna entrevista con personaje prominente en la casa de Gobierno, donde hay siempre un buen cigarro para los periodistas correligionarios que están en el secreto.

Nuestro roce cotidiano pulió todas las asperezas de antagonismos que ofrecían nuestros temperamentos. Con idéntico afán y con sincera emulación bogábamos el mismo bajel de lirismos y utopías; aunque él llevaba una ventaja enorme, pues era *del oficio* y no había encontrado, como yo, piedras en el sendero.

El diablillo vagabundo que danzaba en su organismo, hacía repiquetear las castañuelas de un viaje a Buenos Aires, atrayéndolo en una formidable sugestión. No le preocupaban, ni pensó jamás en los medios o los recursos indispensables para residir en la gran ciudad. Quería salir del ambiente en que actuaba, y su alma aventurera reducía a sus ojos el valer de aquella sociedad y hasta el calor de los afectos familiares.

— Antes de un año, estaré allí, triunfador . . . — me dijo una noche con gesto solemne.

IV

Paúl Groussac envió una carta a Lucio Stella; una carta que era una consagración, con todas las prerrogativas inherentes a quien había logrado arrancar un aplauso tan vibrante a la exigente parquedad del maestro. Este decía:

«Señor Lucio Stella: — Haciendo honor a la sinceridad e independencia de la crítica, no suelo nunca observar sus ataques ni agradecer sus elogios. Pe-

«ro me saca de mis hábitos el artículo publicado por usted en *La Libertad* del 30 de enero. Es doblemente excepcional por el talento que revela y el cariño que respira. De la notoriedad, grande o pequeña, que trae el trabajo literario, la más preciosa manifestación, la única realmente grata, es, sin duda, la conciencia de despertar simpatías ignoradas — mayormente cuando el amigo desconocido alza una voz tan vibrante y sonora como la de usted. Amo la juventud, y joven ha de ser usted para derramar así las exuberancias de su entusiasmo artístico. De sus elogios excesivos no acepto sino la menor parte, pero es la más valiosa y significativa, la que me muestra elocuentemente que no es del todo estéril mi propaganda. De entre las filas juveniles que así aplauden, saldrán los que hayan de sucedernos para completar la buena obra comenzada en la tierra argentina. Con un gran gesto de simpatía, a la distancia y al tanteo, le envío a usted la expresión de mi agradecimiento. — P. Groussac.»

Esa carta, abierta por los compañeros — que al conocer la procedencia estampada en el sobre, no pudieron resistir la seducción de la travesura, — fué publicada en *La Libertad* antes de ser entregada a Lucio Stella. ¡Imagínese las transiciones espirituales — estupor, asombro, vanidad, orgullo, — experimentadas en esos minutos al ojear, como todos los días, el diario aquel, y tropezar con el insospechado y extraordinario homenaje! Esa tarde y esa noche, fué su andar más airoso que de ordinario, el gran bastón se contoneaba evidenciando la importancia de su dueño, y éste se fumó seis puros obsequiados por gente de pro.

Pero, — es hora de decirlo — la buena intención del señor Groussac tuvo consecuencias imprevistas. Esa carta fué un chispazo que enardeció las impacencias del destinatario. Más que una voz alentadora, fué la vibración de un clarín que auguraba triunfos e incitaba a la rebeldía: había que huir del mezquino ambiente provinciano — tan provechoso para el desarrollo de los talentos privilegiados por la austera disciplina a que obliga el medio — e ir en pos de la embriagante atmósfera metropolitana donde las sugerencias sibaritas del placer restan energías al estudio, especialmente en los años juveniles, cuando es tan fácil la derrota o la claudicación.

Armado caballero literato por el pontífice Groussac, Lucio Stella creyóse a cubierto de todos los fracasos. A la sombra augusta del maestro, todas las puertas se le abrían, y hasta sentía ya el calor del abrazo con que iban a exteriorizar el regocijo de su aparición todos los cultores del Arte de la gran colmena sudamericana...

Y si no tomó rumbo inmediato hacia la Meca de sus ambiciones, fué por cumplir su conscripción, para la cual su gran amigo el doctor Figueroa Alcorta, entonces Gobernador de Córdoba, le hizo extender los despachos de Teniente en el arma de Infantería.

V

Terminado el breve período del servicio militar, que en aquella época se reducía a sesenta u ochenta días de baqueteo, compiló rápidamente sus ensayos en un volumen, al cual tituló *Los Primeros*, y anduvo a la pesca de mil subterfugios para vencer la obstinada negativa de parientes y amigos a realizar su anhelado viaje.

Yo escribí algo, saludando calurosamente la aparición de ese libro, y por fortuna guardo aún la hoja que recibí en respuesta. Transcribo esa página porque conserva todavía el prestigio de aquellas horas juveniles, como una flor marchita impregnada de añoranzas:

«Emilio: — Un beso sobre tu frente pálida de poeta gemebundo, una frase que refleje un raudal desatado en armonías gigantescas desde las alturas de la inspiración, y una sencilla flor de mis juveniles ensueños, debiera ser el galardón a tu elogio; ya que no puedo enviarte esa flor ni esas armonías, ahí va el beso que sonará a tus oídos como melodías del alma. — Tu hermano, *Lucio Stella*.»

Por esos días, el azar reintegróme a la casa paterna en Buenos Aires, y no es necesario expresar cuánto influyó mi salida de Córdoba para que Lucio Stella me siguiera.

Un mes después, recibí una tarjeta postal cuyo texto decía:

«Querido Emilio: — Estoy. Palabra cumplida. Florida y Cuyo, 8 de la noche. — *Lucio Stella*.»

¡Qué trasunto de vanidad satisfecha en tan pocas palabras! ¡Qué arrobamientos ideológicos, qué cúmulo de sensaciones, mezcla extraña de inquietud, estupor, desasosiego, confianza, angustia, alegría y miedo, agitaron sus nervios esa mañana, ante el esplendor de la gran ciudad, al deslizar sus primeros pasos por las calles populosas, entre los enormes edificios y las plazas llenas de gentes desconocidas que no reparaban en el joven forastero provinciano, cuyo arrogante aspecto y vulgar indumentaria escondía una chispa genial en el cerebro y una carta de Groussac en los bolsillos! ...

Tras el ruidoso y cordial abrazo que, a hora indicada, presenciaron los paseantes avizores apostados en la esquina estratégica, discurrimos largamente por regiones de utopía y ensueño. Su única visita del día había sido para el Director de la Biblioteca Nacional, y las frases en que me relató la entrevista me permitieron com-

prender cuánto más grato le hubiese sido no efectuarla, para conservar, así, incontaminado, el entusiasmo de la víspera. Su fe en las virtudes de la carta mágica había decrecido enormemente, y una desorientación conturbadora agitaba en secreto sus abstracciones mentales.

Al separarnos, lo invité, y me prometió ir a mi casa al siguiente día. Pero no cumplió su promesa, y pasé un mes sin verlo ni obtener dato alguno de su paradero.

VI

Solía yo pasar algunas horas diarias en una librería de viejo, muy modesta, que existía en las inmediaciones del Parque. El propietario, Don Antonio, me conocía desde niño, y en más de una ocasión mi juventud tuvo en él consejero eficaz y amigo probado.

Una tarde, interrumpió nuestra conversación la presencia de un muchacho, pobremente vestido, que ni era parroquiano ni revelaba ser hombre de letras. Echó sobre el mostrador unos libros, ofreciéndolos en venta: eran tres ejemplares de *Los Primeros*.

Sorprendido, alarmado, lleno de ansiedad, pregunté al muchacho:

— ¿De dónde has sacado esos libros?

— Me los ha entregado un hombre para que los venda, me respondió.

— Pero, ¿cuándo, dónde?

— Ahora, hace un momento; él está aquí en la plaza...

Don Antonio, que, a fuerza de oírme, tenía por Lucio Stella mucho afecto aún sin conocerlo personalmente, interrogó a su vez:

— Pero, ¿no sabes quién es; si será el autor?

— Yo creo que sí, — contestó el chico, sin entender bien la pregunta.

— Pues vamos allá, — resolví. Y en un instante salvamos el corto trecho hasta la plaza Lavalle.

Esta plaza era un refugio de vagos en aquella época. No la rodeaban, como hoy, magníficos palacios, ni presentaban sus jardines la seducción de umbrío y amable solaz. Una extraña inquietud conmovía el corazón al cruzar por las noches entre sus arboledas, a cuyo amparo deliberaban juntas tenebrosas y dormían los réprobos sobre bancos o malezas, a la intemperie.

— Allí está; — me dijo el muchacho de los libros, a veinte pasos del enorme ceibo que ostenta aún su admirable corpulencia.

Efectivamente: sentado junto al tronco, estaba Lucio Stella, barbudo, con enorme y «poblada» cabellera, sucio, descamisado, el cuello envuelto en un trapo negro, saco y pantalón de tinte indefinido, y calzado con alpargatas de lona.

— ¡Qué malo eres! — le dije al estrecharle la mano (sin atreverme a abrazarle por secreta e instintiva repugnancia de contaminación insecticida), y él guardó silencio, doblemente ahogado por mi reproche y por las lágrimas que asomaron a sus ojos.

Su emoción no era inferior a la mía. Ambos comprendimos la trascendencia de aquel encuentro... Un designio más poderoso que el azar, unía nuevamente nuestras rutas, quizás para que yo contrarrestara la influencia de atavismos dolorosos.

Ahorrando explicaciones inútiles y penosas, lo llevé a casa, pasando antes por la librería, donde el buen amigo Don Antonio brindó gentilmente su cuarto de baño, jabón y ropas limpias; el peluquero hizo lo demás y Lucio Stella quedó transfigurado.

Enterada de lo que ocurría, su familia le mandó pasaje para que retornara al hogar. Desde allí, enviéme esta carta:

«Mi querido Emilio: — Ya no siento aquellos mágicos estremecimientos de estómago que fueron mi característica antes de entrar a tu «bueno y hospitalario hogar. Hoy me baño (un colmo), fumo de hoja (otro colmo), y tuve el placer de saber que me habían puesto reemplazante en «*La Patria* (este es el más grande y sorprendente de los colmos). Pero, en «cambio, S. E. el señor Gobernador de la Provincia me da un hermoso puesto con un sueldo aun más hermoso. Llegué, después de un día de calor horrible, matador. ¡Pero llegué! He aquí el hijo pródigo que llamó a su «hogar y fué recibido con mieles y dulcísimos cariños. La bíblica tradición «tiene aún sus herederos. En los incensarios aún se quema la mirra de las «sorprendentes ilusiones. Por hoy no te escribo más. Sé bueno. Y trabaja «para la gloria de tu casa. Y recibe un beso en la frente, de tu hermano. — «*Lucio Stella.*»

VII

¡Cuán pronto olvidaría las angustias pasadas! ¡Con qué poder mágico lo seducía y lo llamaba la bohemia, la aventura, la vida zozobrante, el abismo de los días sin pan, sin techo y sin amor!

Por que — y todavía no se ha dicho — este muchacho, triunfador, conquistador de todos los prestigios que puede ambicionar un talento privilegiado, cruzó por la vida sin saborear un romance sentimental.

Tan impregnado, tan poseído estaba de su misión artística, que su

pecho no tuvo — o él no le dejó tener — una vibración para rimar el eterno poema del alma femenina. Cruzaba fugazmente por salones y tertulias, admirando bellezas que le inspiraban dulces madrigales sin conmoverle el corazón.

— ¡Qué linda es! — decía de alguna, e inmediatamente se refugiaba en el castillo de sus ideaciones maravillosas, donde el mundo entero se diluía en notas y colores, en flores y armonías para embellecer y loar su futura grandeza omnipotente. Su soberbia ingénita daba contornos estupendos al pedestal en que imaginaba erguirse alguna vez...

Apenas duró dos meses aquel sosiego, con halagos maternos, con amistades poderosas, con bienestar económico, ese cordel tendido por afectuosos vínculos que, a poco de suavizar las tenaces rebeldías del temperamento inquietante, pudo servirle de magnífico trampolín para un salto asombroso.

Volvió a Buenos Aires, y recomenzó su prosaica y efímera odisea. No tenía residencia fija; siempre al azar. Huía de mí porque mi palabra llamaba constantemente a su reflexión y «no quería» conmoverse. Carecía de recursos para comer, para no dormir a la intemperie, para fumar, para moverse en la ciudad enorme, pero nunca, entiéndase bien, jamás le ví un gesto mendicante, una actitud que pudiera ser molesta para el interlocutor ni humillante para él. Cuando el hambre arreciaba, acudía en hora oportuna para obligar a la invitación, o requería de su ingenio una frase jocunda, o mentía estar muy satisfecho por haber salvado mil penurias relatadas en forma amena, pintoresca, chispeante, que bien compensaba el valor del cubierto con el placer de escucharle.

En varias ocasiones, me visitó de mañana, muy temprano, todo limpio, reflejando en la pupila una satisfacción de envidiable bienestar. Le invitaba a desayunarse y respondía:

— Acepto, si adivinas de donde vengo... — y me refería algún episodio novelesco e inverosímil, o me mostraba, simplemente, la ficha del asilo nocturno donde, por unos cobres — bienhabidos de los «canillitas» en el mísero juego de «cara o cruz» — había alcanzado la gloria de pasar una noche en contacto con la hampa, cosechando observaciones acerca de la vida y costumbres de tipos extravagantes, holgazanes y vencidos.

VIII

Esa vida de holganza, sin otros deberes que la caprichosa voluntad

y sin más reproches que los de la conciencia acomodaticia, le hizo mentiroso.

Dedicó gran parte de su ingenio a la urdimbre pintoresca de sucesos fantásticos en que le tocaba ser actor; y poco a poco, esas historias adquirieron tal volumen que sombreaban su talento literario.

Fué a Montevideo, entre un contingente de uruguayos llamados a las filas para sostener una de las más sangrientas revoluciones del país hermano. Posiblemente fué soldado y asistió a alguna batalla; pero cabe ponerlo en duda porque desde la vecina orilla llegaron a algunos diarios noticias de que había sido herido y hasta se anunció su presunta muerte; todo falso, como pudo a poco comprobarse con su regreso, sin una sola cicatriz, aunque él afirmara una actuación honrosa, llegando a hacerme depositario de un botón de «su» chaqueta, en el cual «una bala, al pasar, estampó un beso privándole del otro beso, el de la muerte, glorioso en el campo de batalla».

Su familia, azorada en afán angustioso de verle, de comprobar que vivía aún, gestionó y consiguió un nuevo retorno al hogar. Pero, cuando pasaba por Rosario renunció a seguir, y se cobijó en casa de unos parientes. Y los efectos de una epistolar admonición paterna, recibida allí, palpitan en esta curiosa carta:

«Emilio: — Lucio Stella ha muerto intelectualmente. Su pluma acaba de romperse en mil pedazos. Ya de la estrella no queda sino la materia vil, fría e inerte. La maldición apocalíptica ha caído sobre su frente; el dolmen «hase tumbado hecho astillas al ser herido por el rayo; el peñasco deja ver «su entraña calcinada por el fuego de los cielos. Un blanco sudario cubre todo el horizonte; oigo los cánticos funerarios que entonan sobre el ataúd y aspiro ya el perfume de las flores deshojadas sobre mi cadáver. Parece que «ya sintiera sobre mi pecho la palada de tierra que cae aplastadora sobre la «materia, con toda la pujanza que vibra sobre el granito del Evangelio. El «beso de Luzbel ha ennegrecido mi espíritu, y mi eternidad no será arrullada por el ritmo de los cánticos de vírgenes angélicas. Lucio Stella ha muerto, para su familia, para sus amigos y para las letras. — Q. E. P. D. — «¡Oremus! — *Lucio Stella.*»

Respondí a esta esquila, ampulosa y vana, con una carta llena de juiciosas reflexiones y consejos; pero quizás mi inexperiencia no supo darles forma eficaz para convencer al destinatario, pues éste replicóme de modo tan chacotón, tan despampanante, tan «suyo», que no resisto a la tentación de reproducir esa página; y el buen criterio del lector atenuará los contornos grotescos con que fué caricaturada mi buena intención juvenil:

«Emilio: — Hoy recibí tu carta de melodrama, tu epístola de Don Basilio, tu misiva cuco! Anoche, sobre las tablas del Olimpo, vi la representa-

ción de *La Mascota*, y garántote que las gracias de S. E. el Príncipe Lorenzo XVII no me han hecho reír tanto como esas líneas que tienen no sé «qué secreta concordancia con las de las novelas por entregas de Fernández y González. Sin embargo, a pesar del matiz de agudo sentimentalismo que «adorna las cinco carillas de tu carta, no puedo dejar de reconocer, ni por «un momento, el gran valor literario de su forma. ¡Qué estilo, chico! Diríase que ella ha sido trazada después de un ideal connubio con una musa «hermafrodita! Allí has derramado toda la hermosura armoniosa de tu «plectro. Si yo fuera Lucila, creería, al leerla, que era toda ella un melancólico arrullo de Endimión. Mas, ya que, desgraciadamente, no tengo castas «formas de Venus griega, y como tengo perdida el alma, y como el corazón sólo sirve para ser el motor que da energía al sistema arterial, juzgo la carta «con el cerebro y me la guardo como una curiosidad epistolar, digna de figurar como epitafio sobre el sepulcro de alguna esqueletosa virgen romántica fallecida de flato o consunción. Terminó. Gracias por tus conceptos y «tus sentimientos y emplazándote para el porvenir, verás qué vale más: si «un inmenso corazón o un andrajo de cerebro. ¡Adiós, romántico! — Lucio «Stella.»

Fuí, pocos días después, a Rosario, y mi palabra resultó eficaz. Volvió a la casa paterna, y nuevamente chispearon sus escritos en las columnas de *La Patria*. Juicioso, trabajó un par de meses y «abordó el teatro. He aquí unas líneas reveladoras de un temperamento o, si se quiere, expresión categórica del daño que produce el aplauso sin medida otorgado, sobre todo a sujetos en quienes finca muy alto el concepto del propio valer:

«Mi querido Emilio: — ¡Te escribo vencedor! Libré anoche en el *Progreso* una batalla con mi *Cuento Pompadour*, y triunfé. Fuí Alejandro, o «Aníbal, o César. El laurel cayó sobre mí entre la seda de la bandera de la «patria. Bésote en la frente. — Lucio Stella.»

Es interesante en esas líneas la sinceridad que reflejan. Destinadas al amigo más íntimo, iba en ellas, sin mira de efectismos, una profunda convicción. Y embriagado por el triunfo casero, familiar, tornó a la conquista utópica de Buenos Aires, que esta vez le preparaba nuevas e insospechadas aventuras.

IX

En ese ir y venir desesperado, febricitante, al margen de toda disciplina laboriosa, adaptándose a las más atroces situaciones que le brindara cada aurora, cruzando las sombrías encrucijadas de la ab-

yección y el vicio, era difícil salir indemne, aún cuando él se vanagloriaba con Díaz Mirón:

Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan; mi plumaje es de esos...

Si bien yo presumía, por conversaciones incidentales, la gestación de un plan que cambiaría aquel estado de cosas, aquella forma de vivir, no llegué a sospechar lo que sucedió: episodio ingrato del que fué víctima aquel buen amigo Don Antonio, el librero gentil a quien debía mucho cariño y gratitud.

Desapareció nuevamente, dejándome estas líneas:

«Emilio: — Cuando te anuncié mi propósito de hacer lo que hice, en «frases que tú no comprendiste, estaba ya resuelto al mal o al bien. Mi destino es la cloaca; pues a ella me arrimo, hasta que me mate la fetidez o «escriba, muriendo, una página de gloria. A Don Antonio le pedirás, en «mi nombre, lo que la Magdalena le pedía al Cristo, y tú recibe un beso «en la frente, de los labios marchitos del hermano rebelde. — *Lucio Stella*. «— Periódicamente, y sin saber en donde estoy, recibirás noticias mías.»

Las primeras noticias que recibí me las proporcionó un agente viajero de comercio que lo vió en el mercado de la ciudad de Tres Arroyos «expendiendo naranjas en un puesto de frutas», una mañana en que cruzaba por allí. Un mes después, recibí esta esquela, cuya procedencia descubrí en el timbre postal; venía de Bahía Blanca:

«Mi querido Emilio: — Salud buena. Esperanzas de regeneración, muchas. «— Trabajo. A Don Antonio, lo que levanta y sublima; a tí, una roja flor «del corazón. Tu hermano rebelde, *Lucio Stella*.»

Sin expresarle mi sentimiento de repulsión por la fechoría que cometiera, le contesté, interesado en demostrarle que había descubierto su paradero. Quizás esto contrarió sus planes, pues inopinadamente, inmediatamente, me endilgó esta sabrosa misiva:

«Mi querido Emilio: — Una sola carta tuya he recibido. Ello quiere significar que me olvidas. Mejor. Gracias. Hace tiempo que lo deseaba. Me quieres «demasiado. Yo te he tenido y te tengo un cariño que tú no has alcanzado a «comprender (más grande es un águila que una montaña porque asciende «más alto). Tu aconsejado silencio no me hiere ni me incomoda. Me produce una sonrisa... y nada más. Ya llegará el día en que, sin llamarte, «me buscarás. Hasta ese instante guarda tu pluma. Y si te enojas, toma una «elección de paciencia en los anales de los místicos martirios, o enójate. Si «acaso esto sucede, lee a Rousseau que te aconsejará o a Sumay que te «narcotizará. Es la última vez que me ocupó de tí, y aunque esto no en-

«vuelva un desprecio, ni mucho menos, te envió un gran encogimiento de hombros. — *Lucio Stella.*»

En el correr vertiginoso de aquellos días juveniles, no era posible ahondar el análisis para establecer qué designio misterioso o qué dosis de cinismo encerraba esa página. Alivié el escozor que me produjo encogiéndome de hombros a mi vez, mientras el raciocinio me insinuaba la sospecha de que no duraría mucho tiempo el artero propósito de alejar de mi amistad.

Ocho días después, un chico mandadero me entregó en casa una esquela suya anunciándome que me esperaba «en la esquina». Llegué al lugar de la cita y sorprendíome no verle. La hora temprana, la calle desierta; sólo un recluta de línea bien plantado, de espaldas a mí. Ocurrióseme que, arrepentido de su actitud se habría marchado, pero de pronto el milico aquel giró sobre los talones y me estrechó en sus brazos. Era el mismo Lucio Stella que respondía a mi estupor con una de sus amplias y sonoras carcajadas.

— Eres un loco — le dije.

— Y tú, un coleóptero — replicó vivaz.

— Pero, ¿qué haces... aquí... con ese uniforme?...

— Soy soldado... ya lo ves...

— Pero ¿qué te propones?

— Ahora, como siempre, ir al azar, al margen de todos los convencionalismos ridículos. Tú eres un pobre gato, incapaz de concebir nada grande; por eso te alarma mi manera de vivir. No alcanzas a comprender la grandeza de mi obra. No hay satisfacción más intensa que ejercitar el talento en la observación de lo que nos rodea por el camino de lo imprevisto: hoy, entre los oropelès y la magnificencia de las mansiones poderosas; mañana, en la cloaca social, entre los miserables, los envilecidos, los fracasados...

— Pero, — le interrumpí — en el cuartel no vas a encontrar esos tipos...

— Sí, los hay, — replicó — aunque al engancharme yo no lo sospechaba... Me metí porque este regimiento se trasladaba a Buenos Aires, y quise venirme yo también «ganándome unos pesos y sin pagar pasaje»...

Luego me relató una serie de hechos delictuosos, costumbres extravagantes, aberraciones instintivas de algunos sujetos; y si bien es incalculable el extremo de vileza a que la perversión humana puede llegar, así es difícil, también, establecer qué porción fantástica vertía su facundia pasmosa en la truculenta narración.

Fuí a verle, en circunstancias que hacía guardia de centinela, fusil

al hombro, en el gran portalón de entrada al cuartel, en Palermo. Cuando fué relevado se nos permitió charlar largamente. A ratos pasaban ante nosotros algunos milicos, e iba él señalándome algunos «casos» de los que me refiriera la víspera, exhibiéndome los sujetos como confirmación decisiva del relato.

X

La poderosa influencia de amistades conterráneas lo restituyó muy pronto a la vida civil.

Refugiado nuevamente bajo el hogar paterno, en la quietud amable de la ciudad nativa envuelta en la caricia de sus panoramas serranos y sus balsámicos vergeles, bajo el encanto arrobador de una primavera propicia a evocaciones arcaicas, escribió las páginas hermosísimas de sus *Poemas Helénicos* que representan el más gallardo exponente de su talento, la obra que define acabadamente su personalidad para proyectarla en el futuro.

No es necesario extremar el elogio ni insistir en los méritos del pequeño libro, pero no estará mal reproducir la carta emocionante que el ilustre autor de *Aphrodite*, le dirigió:

«Querido señor: — Vuestros *Poemas helénicos* me han encantado. Miro «con placer en esa bella América esta florida resurrección del arte helénico «que pregonáis con vuestro libro. Porque hay flores en él, desde Orfeo hasta Safo y desde Safo hasta Narciso. Me decís que habéis intentado acercaros «a mí en esa obra, y me enorgullezco de ello. Yo soy vuestro hermano en «la comunión de los hijos del Arte. Mi pan es vuestro pan, mi vino es «vuestro vino. Al daros la mano, os doy todo mi afecto. Hacéis sonar vuestro «gallardo idioma magistralmente. De Venus decís los espasmos; de Narciso «su cántiga noblemente egoísta; de Apolodoro la armonía roja del colorido; «de Orfeo, la égloga de palmeras y ruiseñores; de Fidiás la tragedia del genio; de Tirteo el canto viril de la batalla; de Ifigenia la caída de las hojas «del loto; de Safo la vibración triunfal de la cáldera. Generalmente, no «aplaudo ni hiero. He querido ser crítico de mí mismo y artista para los «demás. Pero, ¿quién no lanza un grito de admiración al descubrir un ignorado bajorrelieve que se presenta en la expresión de toda una hermosura? «Y el que os habla, es a la vez el artista y el crítico. Os envío *Biblyso* y «*Aphrodite*. Queréd aceptarlos como acepto yo vuestra ofrenda al proclamaros «vencedor en la originalidad de vuestro bello talento. Recibid el afecto de «vuestro hermano en la Poesía. — *Pierre Louys*. — Calle D'Angoulême, «114, 2º».

Nuevamente volvió a dar tumbos en Buenos Aires; pero esta vez — ya por haber alcanzado un concepto más cabal de la vida de re-

lación, o por una feliz transacción de su temperamento, o por simple interés de oportunismo — pasó una breve temporada cultivando el trato amistoso de los escritores que, en ese tiempo, destacaban su personalidad con prestigios más o menos acentuados.

Concurría asiduamente al «cenáculo» (que distaba mucho de ser cofradía) constituido en la redacción de *El Mercurio de América*, la interesante revista que dirigía Eugenio Díaz Romero. Todos, o casi todos, los miembros de *La Sirhynga* observaban con curiosidad al forastero lugareño y desgarrado cuyo talento e ingenio rara vez exhibían sus brillantes facetas. En aquel ambiente, donde florecían ampulosas muchas vanidades, bien o mal disimuladas, el «cordobés» se replegaba en un silencio astuto y avizor que le permitía tamizar los valores morales de los contertulios. Y era todo un espectáculo oírle luego desfogarse en pintoresca verba para satirizar a mansalva las flaquezas, la bambolla, la necedad, la farolería de algunos tipos. Más tarde, llegó a escribir, atenuando por cierto la crudeza del lenguaje, algunas páginas, mordaces caricaturas donde los perfiles grotescos reflejan el apasionamiento tendencioso del autor.

De todos aquellos escritores que formaban el lírico escuadrón escolta de las Musas, en cuyas filas estaban Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Eugenio Díaz Romero, José Pardo, Ricardo Jaimes Freyre, los Berisso, Darío Herrera, José Ingenieros, Carlos Baires, Manuel María Oliver, Luis Doello Jurado, Alejandro Ghigliani, Antonio Monteavaro, José León Pagano, Américo Llanos, José Ojeda, y algunos otros menos asiduos, — muy pocos resultaron indemnes de su chispeante vapuleo, y su soberbia demoníaca empuqueñecía el talento de todos para destacar enorme su propia figura.

Varios le protegieron; y así vale recordar a Luis Berisso que tuvo para él su mano pródiga y su mesa tendida en todo momento. Cada vez que salía del comedor hospitalario, reventaba de vanidosa satisfacción refiriendo detalles de la suntuosa morada cuyo ambiente realizaba los manjares suculentos, los vinos de cepa y los licores exóticos que allí se prodigaban. Pero su probidad artística establecía un desnivel enorme entre el anfitrión y el literato...

Invitado por el doctor Baires, pronunció una conferencia en el Ateneo, abordando por asunto *La Odisea*, donde su talento halló brillante motivo para poner en evidencia la copiosa erudición adquirida en la rica biblioteca de Carlos Romagosa. Y es lástima que el vaivén de su azarosa vida haya extraviado esas páginas con que podrían deleitarse las nuevas generaciones estudiosas.

No resisto a la tentación de referir un episodio a que dió lugar esa conferencia: una de las muchas travesuras de que fueron vícti-

mas algunos amigos a quienes él consideraba obligados a brindarle afecto, admiración y «apoyo». Para presentarse ante el público del Ateneo, necesitaba ropa decente, y entre varios compañeros lo trajeron. Todos éramos pobres, y el de más espectable posición económica (estudiante universitario a quien no me atrevo a nombrar) se aventuró a prestarle uno de los dos sobretodos que poseía.

Como pasara algún tiempo sin que le fuera restituído el abrigo, su dueño me pidió, en mérito a mi mayor intimidad, que reclamase en buena forma la devolución. Lucio Stella limitóse a enviarle, por correo, la correspondiente papeleta de empeño, sin una sola línea que excusara la incorrecta maniobra. El otro, creyendo darle una lección, le mandó, también por correo, un ejemplar del *Manual de urbanidad* por Carreño; y he aquí ahora, en unas líneas que recibí, perfectamente delineado el temperamento levantisco del firmante:

«... A Fulano le dirás, como cosa tuya o como cosa mía, que después de «recibir el ideal libro que se ha dignado enviarme, he sacado en consecuencia que, tanto física como intelectualmente, pertenece a la numerosa familia «de los protozoarios. ¿Qué se habrá figurado ese *bebé* para andar propalando todo género de especies contra mi persona? Cuando un «Fulano de Tal «y Alcachofa» valga lo que vale un Lucio Stella; cuando deje de ser un niño de teta y le saquen la papalina, y le quiten el babero y no le zurren las «malgas; cuando germine siquiera una idea en su cerebro de cambalache; «cuando deje de ser átomo, entonces, sólo entonces, deberá atreverse a medir «estaturas, desde sobre las cuales puede muy bien caerse y estrellarse su «cris- «mía de melón ambulante. — *Lucio Stella.*»

XI

No imagine el lector que ese contacto con aquella tertulia intelectual, ni las tareas literarias que esas vinculaciones le imponían, pudieron distraer su obsesión aventurera.

En todo ser humano hay dos voluntades con tendencias antagónicas. Son dos fuerzas que disciplinan constantemente el carácter: una arrastra hacia las abstracciones y lirismos ideológicos, y otra sujeta todos los entusiasmos al espigón de convencionalismos y sanciones que rigen la conservación de la especie. El perfecto equilibrio de ambas tendencias produce tipos normales, mayoría abrumadora en que descansa la sociedad. Los otros, los que van al margen de toda organización, de todo orden, porque en cada choque de las voluntades innatas hay un desequilibrio entre el «ser» y la «razón de ser», esos, no pueden reflexionar serenamente sobre las ventajas de

un sometimiento, pues los intereses que podrían usufructuar con un cambio de actitud, para ellos representan una claudicación de su propia fe.

Para Lucio Stella, como para cualquier otro individuo sometido a las leyes de la propia conservación, era muy grato el apoyo amistoso, la mesa, el halago, el dinero, compartidos fraternalmente con los que, merced a felices aptitudes, pudieran hacerle partícipe de su bienestar. Pero, esos favores eran, según él lógico tributo que todos los hombres deben pagar al que sufre, al que les va alumbrando el camino con los chispazos geniales del talento. Y no cabía reprocharle sus extravagancias: estas surgían del criterio con que encaraba su «misión» artística, cuya fuerza avasalladora se sobreponía a todos los convencionalismos egoístas.

Así, un día, le sedujo el vaivén de las olas; su fantasía lo agitó en afanes de cruzar océanos, capear temporales, gozar plenilunios en mares tersos y lejanos, ser pirata, palpar sensaciones de abordaje, zafarrancho y degüello, relatar inauditos naufragios y macabras escenas de cautiverio a merced de tribus antropófagas... y, bajo la fiebre de la inmortalidad conquistada con una obra maestra de desconcertantes aventuras, se enganchó marinero en un buque de guerra.

Lo alistaron de servicio a bordo del monitor *Vanguardia*, y muy pronto pudo comprobar que la aventura representaba un cruento y doble sacrificio, físico y moral, sin compensaciones, pues los oficiales de mar tenían de la disciplina un concepto mucho más rígido que los camaradas del cuartel, y no se preocuparon de los méritos intelectuales que guardaba atesorados el extraordinario grumete.

Por otra parte, fracasaron sus propósitos, pues la nave no salió del puerto. Aprovechaba las horas de licencia en visitas y tertulias literarias, trocando en casa, previamente, el uniforme por su traje civil. Un día, descuidó presentarse a bordo en la hora reglamentaria y, creyendo zafarse de la pena leve en que había incurrido, irreflexivo como siempre, sin medir ulterioridades, fué desertor. Intervino la justicia militar, y, tras una solapada excursión por Santa Fe, Paraná y otros rincones, el tráfuga rebelde cayó prisionero; lo encerraron en la corbeta *La Argentina*, y más tarde fué pasado al pontón *La Paz*, donde agasajaba a sus visitantes, pocos por cierto, cómodamente instalado.

Por ahí anda, impreso, el hábil y luminoso informe médico legal del doctor Veyga demostrando la irresponsabilidad del delincuente. Merced a ese informe y otras poderosas influencias que intercedieron en favor suyo, recuperó la libertad.

Como en todos los grandes afectos, en el nuestro se interpuso, por esos días, alguna información «amistosa», y él, receloso y suspicaz—, en grado sumo después de las incidencias torturantes del proceso,— cortó la fraternal camaradería que nos ligaba, sospechándome enemigo, o sabe Dios por qué...

Nunca más volvimos a vernos.

XII

Libre nuevamente, y tras algunas correrías miserables, se detuvo en Asunción, donde fué «curandero» y redactor de *Los Sucesos*.

Es fama allí que dió salud a muchos infelices, y Federico A. Gutiérrez—que residió algunos años después en la capital paraguaya— pudo recoger informaciones precisas acerca de la veneración con que se le recuerda entre las gentes humildes.

No dejó menor prestigio en el periodismo, pero la cosecha de aquel año fué *Guaraníes*, publicada al regresar a Buenos Aires por el diario *El País* que había abierto un concurso literario y discernido un premio a ese trabajo.

Perdido otra vez en la gran metrópoli, vivió días amargos que le inyectaron misantropía y neurastenia. Ingenieros, — eminente psicólogo — un poco por simpatía y algo por observar el bello caso clínico, lo halagó con todo su afecto y apoyo cordial; infiltró un poco de optimismo en el espíritu del atormentado vagabundo y enardeció los afanes latentes de aventuras extraordinarias. Se entendieron muy bien, y el noble protector tuvo la fortuna de ser su último amigo confiente.

Nuevamente en Asunción, ¿cómo llegó a ser Jefe de Sanidad con un servicio de médicos «auténticos» a sus órdenes? ¿Cómo obtuvo del Gobierno paraguayo una credencial de «doctor», delegado a un Congreso de Higiene que por ese tiempo se reunía en París? No lo sé. Ingenieros, a la sazón en la capital francesa, tuvo oportunidad de comprobar la documentación auténtica, y que estaba, además, muni-do de muchos miles de francos y de un vestuario en que figuraban por duplicado el frac y el sombrero de copa: un desquite formidable de la miseria de otros días...

Consecuente con su temperamento, fué pródigo y fastuoso. Por Niza, Mónaco y Montecarlo gozó la embriaguez de su boato gloriosamente efímero. Desde Amberes enviome un saludo afectuoso en una simple tarjeta postal; y sabe Dios por qué surgió en su mente mi recuerdo a tal distancia y tras tan largo tiempo!

¡Entre qué fangales habrá arrastrado su cimera luminosa y su florido estandarte; dando tumbos en la desolación de ese ambular desesperado, lejos de todo apoyo, de todo afecto, de la mano fraternal que reconforta y del cerebro juicioso que guía.

¡Qué andanzas, qué dolores, qué hambres habrá padecido!

Después, a México...

Y ante la conjetura de su muerte, sin comprobación real aún, por simple sospecha tras los muchos años corridos sin verle, sin oírlo y sin tener noticias suyas, cabe preguntar si la derrota y el hastío no lo impulsaron a un silencio irrevocable... , sí, trocada la mágica pluma por un trabuco de bandolero, no vivirá todavía en alguna selva mexicana...

Pero, si en verdad ya no existe entre los vivos, los que le conocimos podemos afirmar que su lirismo extraordinario habrá palpitado en él, sin claudicaciones, hasta el postrer suspiro.

Y aún digo más: posiblemente su afán por escribir una página imperecedera le habrá arrastrado al sacrificio de la vida (a los veintinueve años) seguro, «convencido», de una resurrección inmediata para poder relatarnos luego, en su estilo pomposo, vibrante y musical, las sensaciones conturbadoras de la agonía, las cosas y los paisajes estupendos de ultratumba.

EMILIO MENENDEZ BARRIOLA.



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

DIRECTOR: RICARDO ROJAS

A TRAVES DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

GOYCOECHEA MENENDEZ

SECCIÓN DE DOCUMENTOS

SERIE 1ª — TEXTOS DRAMÁTICOS

TOMO VI, N° 3

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

—
1936

PERSONAL

DIRECTOR *ad honorem*, doctor Ricardo Rojas

TÉCNICO PARA EL ESTUDIO DEL FOLKLORE, señor Carlos Vega

TÉCNICO PARA LA ORGANIZACIÓN DE LA BIBLIOGRAFÍA ARGENTINA, doctor Ismael Moya

ADSCRITOS *ad honorem*, señores: Arturo Giménez Pastor, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Jorge Max Rolide, Juan Pablo Echagüe, Alfonso Corti, Alvaro Melián Lafinur, Roberto F. Giusti, Manuel de Ugarriza Aráoz.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO

SECCIÓN DE FOLKLORE

1ª serie. — *El canto popular*

Tomo I.		Pesos
Nº 1.	<i>Música precolombiana</i> , con introducción de Ricardo Rojas y consideraciones preliminares por Vicente Forte.....	3.00

Tomo II.		
Nº 1.	<i>La música de un código colonial del siglo XVII</i> , por Carlos Vega.....	3.00

2ª serie. — *Ensayos y compilaciones*

Tomo I.		
Nº 1.	<i>Cancionero bonaerense</i> , por Ventura R. Lynch, con estudio preliminar de Vicente Forte.....	3.00
Nº 2.	<i>Cancionero incaico</i> , por Víctor Guzmán Cáceres, con introducción de Vicente Forte.....	3.00

3ª serie. — *Catálogo de la colección de folklore donada por el Consejo nacional de educación*

Tomo I.		
Nº 1.	<i>Introducción</i> , por Ricardo Rojas, con un apéndice de Manuel de Ugarriza Aráoz.....	0.50
Nº 2.	<i>Salta</i> , por Manuel de Ugarriza Aráoz y Vicente Forte.....	1.00
Nº 3.	<i>Jujuy</i> , por Vicente Forte.....	1.00
Nº 4.	<i>Tucumán</i>	3.00
Nº 5.	<i>La Rioja</i>	2.00
Tomo II.		
Nº 1.	<i>Santiago del Estero</i>	4.00
Nº 2.	<i>Catamarca</i>	4.00
Tomo III.		
Nº 1.	<i>Chaco</i>	1.00

SECCIÓN DE DOCUMENTOS

1ª serie. — *Textos dramáticos*

Tomo I.	Teatro en verso.	
Nº 1.	<i>Una loa colonial en honor de Carlos III (1761)</i> , con noticia de Ricardo Rojas.....	0.50

(continúa en la página 3 de esta tapa)

	Pesos
Nº 2. <i>La acción de Maipú</i> . Sainete gauchesco, con noticia de Jorge Max Rohde	0.50
Nº 3. <i>La libertad civil</i> . Pieza en un acto (1816), con noticia de Ricardo Rojas	0.50
Nº 4. <i>Felipe Segundo, rey de España</i> , tragedia en cinco actos, por el conde Alfieri, traducida por C., en 1820, con noticia de Alfonso Corti	1.50
Nº 5. <i>Las tres comedias de D.ª María Retazos</i> (1821), por el padre Francisco Castañeda, con noticia de Narciso Binayán	0.50
Nº 6-7. <i>Aranco libre. El nuevo Caupolicán</i> , por J. M. Sánchez, con noticias de Dardo Corvalán Mendilaharsu	0.50
Nº 8. <i>El hijo del Sud</i> . Acto alegórico, anónimo, con noticia de Jorge Max Rohde	0.50
Nº 9. <i>Tupac-Amarú</i> (1821), con noticia de Jorge Max Rohde	1.00
Nº 10. <i>Rosas y Urquiza en Palermo</i> , por Pedro Echagüe, con noticia de Juan Pablo Echagüe	1.00
Nº 11. <i>La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada</i> , por Juan Francisco Martínez, con noticia de Narciso Binayán	1.00

Tomo II. Teatro en verso.

Nº 1. <i>Molina</i> , por Manuel Belgrano, con noticia de Ricardo Rojas	1.00
Nº 2. <i>El poeta</i> , por José Mármol, con noticia de Arturo Giménez Pastor	2.00
Nº 3. <i>El cruzado</i> , por José Mármol, con noticia de Narciso Binayán	2.00
Nº 4. <i>Don Tadeo</i> , por Claudio Cuenca, con noticia de Narciso Binayán	3.00
Nº 5. <i>Maza</i> , por Claudio Cuenca, con noticia de B. Ventura Pessolano	1.50

Tomo III. Teatro en prosa.

Nº 1. <i>La batalla de Pasco</i> . Sainete anónimo, con noticia de Jorge Max Rohde	0.50
Nº 2. <i>La revolución de Mayo</i> , por Juan B. Alberdi, con noticia de Arturo Giménez Pastor	1.00
Nº 3. <i>El Gigante Amapolas</i> , por Juan B. Alberdi, con noticia de Arturo Giménez Pastor	0.50
Nº 4. <i>Monteagudo</i> , por Francisco Fernández, con noticia de Narciso Binayán	1.50
Nº 5. <i>Solané</i> , por Francisco Fernández, con noticia de Jorge M. Furt	1.00
Nº 6. <i>Atar-Gull o una venganza africana</i> , por L. V. Mansilla, con noticia de Carmelo M. Bonet	1.50
Nº 7. <i>El Hipócrita político</i> , por P. V. A., con noticia de Jorge Max Rohde	1.00
Nº 8. <i>Una víctima de Rosas</i> , por Francisco J. de Acha, con noticia de Narciso Binayán	1.00

Tomo IV. Teatro en verso.

Nº 1. <i>El amor de la Estanciera</i> , con noticia de Mariano G. Bosch	0.50
Nº 2. <i>Las bodas de Chivico y Pancha</i> . Sainete gauchesco, anónimo, con noticia de Mariano G. Bosch	0.50
Nº 3. <i>Defensa y triunfo del Tucumán</i> , con noticia de Narciso Binayán	1.00
Nº 4. <i>Las cuatro épocas</i> , por Bartolomé Mitre, con noticia de B. Ventura Pessolano	2.00
Nº 5. <i>Lucía Miranda</i> , por Miguel Ortega, con noticia de Jorge M. Furt	1.50
Nº 6. <i>Amor y Virtud</i> , por Pedro Echagüe, con noticia de Margarita Mugnos de Escudero	2.00

Tomo V. Teatro político.

Nº 1. <i>La codicia rompe el saco</i> , por José Borrás, con noticia de Narciso Binayán	1.00
---	------

Nº 2. <i>El sombrero de Don Adolfo</i> , por Casimiro Prieto Valdes, con noticia de Narciso Binayán.....	1.00
Nº 3. <i>Don Quijote en Buenos Aires</i> , por Eduardo Sojo, con noticia de María Sara Pinto Alvarez	0.50

Tomo VI. Teatro en prosa.

Nº 1. <i>Juan Moreira</i> , de Eduardo Güerrez. Primitiva versión teatral de José J. Podestá, con noticia de Carlos Vega	0.50
Nº 2. <i>Alegria</i> , por Roberto J. Payró, con noticia de J. E. P.	3.00
Nº 3. <i>A través de la vida</i> , por Martín Goycochea Menendez, con noticia de C. V.	1.00
Nº 4. <i>La América libre</i> , por Bernabé Demaría, con noticia de Carlos Vega	2.50

Tomo I. 4ª serie. — Novela

Nº 1. <i>El Matadero</i> , por Esteban Echeverría con noticia de Jorge Max Rohde	0.50
Nº 2-3. <i>El hombre hormiga y El capitán de Patricios</i> , por Juan María Gutiérrez, con noticia de Jorge Max Rohde	1.00
Nº 4. <i>Soledad</i> , por Bartolomé. Mitre, con noticia de Juan Millé Giménez	1.00
Nº 5. <i>El pozo del Yocci</i> , por Juana Manuela Gorriti, con noticia de Arturo Giménez Pastor	0.50
Nº 6. <i>El tesoro de los Incas</i> , por Juana Manuela Gorriti, con noticia de José María Monner Sans	0.50
Nº 7. <i>Esther</i> , por Miguel Cané, con noticia de Ricardo Rojas	1.00
Nº 8. <i>La familia de Quillango</i> , por José María Cantilo, con noticia de Ricardo Rojas	1.00
Nº 9. <i>Memorias de un botón de rosa</i> , por Bartolomé Mitre, con noticia de Narciso Binayán	0.50
Nº 10. <i>La familia de Seonner</i> , por Miguel Cané, con noticia de Narciso Binayán	1.00
Nº 11. <i>Tobías o la cárcel a la vela</i> , por Juan Bautista Alberdi, con noticia de Ricardo Rojas	1.00
Nº 12. <i>La Rinconada</i> , por Pedro Echagüe, con noticia de Juan Pablo Echagüe	1.00

Tomo II.

Nº 1. <i>El hogar en La Pampa</i> , por Santiago Estrada, con noticia de Narciso Binayán	1.00
--	------

Tomo I.

SECCIÓN DE CRÍTICA

Nº 1. <i>Un dramaturgo olvidado, don Francisco Fernández y sus «Obras dramáticas»</i> , por Ricardo Rojas	0.50
Nº 2. <i>El «Filippo» de Alfieri en Buenos Aires</i> , por Alfonso Corti ..	0.50
Nº 3. <i>Angel de Estrada</i> , por Jorge Max Rohde	0.50
Nº 4. <i>Sarmiento crítico teatral</i> , por Juan Pablo Echagüe	0.50
Nº 5. <i>Elogio de Joaquín V. González</i> , por Ricardo Rojas	0.50
Nº 6. <i>Epistolario de Sarmiento</i> , por Augusto Belin Sarmiento	0.50
Nº 7. <i>El teatro de Ernesto Herrera</i> , por Carmelo M. Bonet	0.50
Nº 8. <i>Belisario J. Montero</i> , por Jorge Max Rodhe	0.50

OTRAS PUBLICACIONES

<i>Poesías</i> , por Antonino Lamberti, con prólogos de Mariano de Vedia y Martiniano Leguizamón	2.50
--	------

Estas publicaciones se hallan en venta en el local del Instituto calle Florida 691, Buenos Aires. — U. T. (31) Retiro, 3218